RAMIRO SANCHIZ

HYPER PULP

NADIE RECUERDA MLEJNAS

NADIE RECUERDA MLEJNAS

Ramiro Sanchiz

Primera edición: julio de 2023
Nadie recuerda Mlejnas
Copyright ©Ramiro Sanchiz 2011, 2023

ISBN: 978-9915-41-778-3
978-9915-41-281-8 (colección Hyperpulp)

© Mig21 Editora
Washington Beltrán 1758 ap 2,
Montevideo, República Oriental del Uruguay
mig21editora@gmail.com
Ilustración de portada:
Diseño y diagramación: Ramiro Sanchiz

HYPER
PULP

Apenas bajé del ómnibus guardé la novela que venía leyendo en la mochila y saqué el mapa. Qué pelotudo, pensé; siempre me pierdo en los lugares nuevos y eso me satura los nervios, me vuelve todavía más torpe de lo que soy. Un tipo de lentes de sol y camisa negra con lunares blancos que despliega con aires de diva un mapa demasiado grande. La gente de la plaza me miraba con el aire de resignada reprobación dirigido a los turistas que husmean en lugares que no valen la pena.

Las explicaciones de Rex sobre cómo moverme por Las Piedras habían sido pésimas; sin embargo a medida que recorría la plaza me pareció que terminarían por ser más útiles

sus palabras que el mapa, que no parecía representar nada de manera adecuada. Podía ser de otra ciudad, si fuéramos al caso: una Las Piedras transfigurada, acaso mejor (mejor porque, al menos, estaba en un mapa).

Me esforcé por entender el trazado. Ahí estaba lo que debía ser la plaza central representada como un cuadrado perfecto, pero lo que yo veía —además de un ciruja recostado contra una palmera, un grupo de chiquilines jugando con una pelota deforme y tres adolescentes que se turnaban con una guitarra hecha en casa con una tabla y partes de instrumentos arruinados— parecía un hexágono o heptágono incomprensible. Uno de sus lados no era otra cosa que el enorme cartel de un gobierno anterior particularmente estúpido, "en marcha al progreso" o "Las Piedras: una ciudad para crecer". Descascarado y lavado por demasiadas lluvias, dejaba ver en un estrato inmediatamente anterior el anuncio de una marca de cigarrillos y, todavía más atrás, la imagen estilizada de una escuela, como para hacer entender que el mundo, o su modelo a escala en Las Piedras, seguía en marcha

indefectiblemente, pero no siempre hacia el progreso.

El mapa consignaba además cuatro calles que surgían en cruz de la plaza, pero yo contaba seis y un camino de tierra que moría en el fondo de un rancho donde jugaban dos niños o niñas de no más de cinco años, que se mojaban con la poca agua arrojada por una manguera verde flúo. Uno mojaba al otro y luego a una gallina; la gallina corría, los niños se reían, se pasaban la manguera, se mojaban, perseguían la gallina. Pronto todo empezó a parecer un loop.

Para llegar a mi destino tenía que ubicar la avenida José Gervasio Artigas y remontarla siguiendo la numeración creciente; era un poco aventurado creer que habría carteles con nombres, y de hecho no los había. Elegí una calle al azar y la recorrí casi una cuadra hasta dar con la primera casa que lucía una placa con número y nombre. JSE GVSO ARGS. Las avenidas eran calles y los calles caminos, y todo parecía reciente y devastado, una ciudad nacida derrotada o de la derrota, una ciudad que había determinado, en algún momento posterior a la civil, que no merecía otra oportunidad.

Cuando Rex y Jon me invitaron a visitarlos en su casa de Las Piedras lo primero que pensé fue que visitaría por primera vez la ciudad más castigada por la guerra. Por algún lado estarían las marcas concretas: los edificios rotos por el bombardeo de 1974, la municipalidad donde aquellos tupas quisieron recrear la batalla de El Alamo y concentrar su épica en una sola jornada. Era un paisaje que yo había visto en demasiadas fotos, en documentales innecesarios, y después Jon y Rex dirían que les gustaba usar, a modo de tipografías sonoras, aquellos horribles registros de sintetizador ochentero tan comunes en los documentales de *Teatro Histórico* o *La Guerra en Tevé*; era una marca generacional, insistieron, el punto de partida de futuros que jamás llegaron. Como la nueva Las Piedras, cabría pensar. Como el progreso que jamás llegó.

Estaba a punto de terminar de escribir mi libro *Cual retazo del espacio: la historia de la ciencia ficción uruguaya* cuando supe de la existencia de Space Glitter, una banda que por aquel

entonces todavía tenía que empezar a cobrar notoriedad y que había grabado nada más que un demo de seis temas difundido en el ambiente del rock under. Es decir que sólo los escuché cuando mi amiga Agustina me pasó una copia del CD acompañado por un librillo impreso a color con impresora láser sobre papel barato de fotocopias. Es de ciencia ficción, ¿ves?, dijo con una ansiedad que no entendí. Hojee aquellas páginas de 12 por 12 y me detuve en una reproducción de *El viaje de la vida: la juventud*, el cuadro hiperkitsch de Thomas Cole, de la que un diagramador malintencionado o lúcido había descartado las figuras de los niños y el ángel para dejar apenas la inmensa mezquita o palacio que asomaba de manera imposible en el horizonte y el cielo pálido.

—¿Qué tocan?

—Glam rock terraja —dijo Valeria.

—¿Y si no te gusta por qué me lo pasás?

—No, no, a mí me gusta. Lo de terraja lo dicen ellos, mirá…

Tomó el librillo, pasó a la última página y señaló, debajo de los detalles de instrumentación de cada track, las líneas siguientes:

MANIFIESTO DEL GLAM ROCK TERRAJA

Primera parte
El buen gusto es opresión
El arte es el lenguaje perverso del control mental
La música es apenas una parte
El koncepto lo es todo y el koncepto es imagen
Todos fingimos ser bisexuales, some of us really are
El pensamiento no es más que el otro lado de lo impensable

Recorded, mixed and produced on The Head by The Glitter Twins, November 2006

—Eso está bueno aunque después no hagan la segunda parte. O no deberían hacerla: la gracia de esto es que quede incompleto.

—Yo qué sé. Igual si te lo traje es porque las letras son de ciencia ficción. A lo mejor te sirve para tu libro.

Le prometí escucharlo esa noche y así lo hice. Me quedaban todavía cuatro minibiografías por escribir para el apéndice enciclopédico (como me gustaba llamarlo) y leer un libro bastante nuevo sobre el despoblamiento del centro del país y las tres semanas de vida de la separatista República de Tacuarembó, tema que —era una de las tantas tesis que mi libro quería defender de un modo un poco torpe o difuso— me parecía de gran importancia para contribuir a una explicación del auge de escritura under y de ciencia ficción o fantasía a mediados de la década de 1980. A eso de las once el texto histórico me aburrió, así que marqué la página y me puse los auriculares para escuchar el demo de los Glitter. La intro y la primera estrofa de la canción que abría el disco no me entusiasmaron. Toda la canción era una imitación evidente de algún tema de Bowie o de Roxy Music, cantada con una afinación dudosa por un vocalista que recargaba la emotividad de su voz con ironía o

pretensiones camp mal llevadas a cabo. Seguro que aquello tenía que ver con lo "terraja" del manifiesto, pero no entendía qué lugar tomaba la ciencia ficción o afirmaciones como aquello del otro lado de lo impensable. Miré en el librillo el nombre de la canción: "The hit". Ana me había aclarado que Space Glitter pertenecía al nuevo movimiento de bandas que cantaban en inglés, en oposición al "latinismo" (como lo llamaban con desprecio) del rock uruguayo más mainstream. La letra hablaba de una banda que quería componer un hit y necesitaba dar con un estribillo pegadizo; el estribillo llegaba, pero sonaba de alguna manera deficiente, y después el hablante de la letra narraba el intento de la banda por corregirlo. Entonces, para el segundo estribillo, el gancho sí estaba allí. Y se repetía, y luego venía un solo de guitarra y el estribillo otra vez, y el estribillo otra vez a dos voces superpuestas en un arreglo que me hizo sentir que recordaba canciones cantadas en la infancia o coreadas en la adolescencia, y me vi en un ómnibus junto a mis compañeros de liceo, un domingo por la noche, de retorno de un campamento cantando la canción de moda.

No era un recuerdo real. Detuve el reproductor.

Necesitaba explorar un poco lo que había sucedido, esa magdalena adulterada, así que escuché el tema una vez más. La sensación no fue la misma, quizá porque no resistía la comparación nota a nota con el recuerdo tan reciente. STOP. El demo se titulaba *Say goodbye to the next millenium*; las canciones "The hit", "Flashback", "Flaming Dove", "The awakening", "The Lord", "Say Goodbye" y "Star Seventeen". Las letras venían mal impresas, y con errores de ortografía, algunos de ellos quizá deliberados. Contaban la historia de un grupo de rock, ambientada en un mundo distópico dominado por un gobierno totalitario, cuyos integrantes eran inspirados ("despertados", se repetía) por una entidad extraterrestre. Ese "despertar" equivalía a entender que lo que daban por real no era más que un simulacro, y seguía un intento de revolución finalmente aplastado, aunque en el epílogo de la historia (el consabido bonus track después de un largo silencio al final de la última canción) parecía abrirse una esperanza.

Había leído el librillo con el reproductor apagado, como si hubiese sabido de antemano que la música de Space Glitter era demasiado precaria como para arriesgar una escucha atenta. A la vez tuve que repasar algunas letras, no porque no entendiera el inglés bastante simple en el que estaban compuestas sino porque me costaba graspear lo que proponían los Glitter; no la narrativa tenue copiada de las novelas de Philip K. Dick sino lo que se desprendía (o debía desprenderse) de que fuera esa la banda real que lo enunciase. Porque debía pesar que vinieran de Las Piedras, con la complicada manera en que se vivió allí la civil, la dictadura militar, la escaramuza con Argentina por lo de las Malvinas y la apertura, las huelgas en las fábricas y las calles tomadas.

Al mismo tiempo sentía que no había razón para pensar que los Glitter tenían en cuenta *todo eso*, que creaban a partir de la historia reciente, que la comentaban de alguna manera o que, en última instancia, la conocían y les importaba. Pensé entonces que la música podía llenar los huecos en mi lectura, y me dispuse a escuchar el demo completo. Contra

mis prejuicios, descubrí que los Glitter eran mejores músicos que letristas o narradores, y que había una facilidad en aquella música, una fluidez, que nada tenía que ver con el concepto narrativo armado un poco como un monstruo de Frankenstein que no logra ponerse en pie.

El último tema, sin embargo, funcionaba perfectamente tanto como "música" —en el sentido abstracto del término (que los Glitter de alguna manera negaban en su manifiesto)— como a modo de "narrativa" —pese a (o justamente a causa de) no tener letra. Al final del instrumental "Star Seventeen", entonces, llegué a sentir la derrota y la esperanza, la oscuridad total que no llega a cubrir esa última lucecita que de repente se entiende que jamás se apagó y jamás se apagará. Creer eso último, creer en algo indestructible, es la mentira última y por tanto la esencia de toda ficción. El hecho de que los Glitter hubiesen logrado plasmarla tan bien –esa la creencia en que algo, o al menos una fuerza, está cuidando la luz al final del túnel– hablaba a su favor; más todavía si no la creían.

Le mandé un SMS a Agustina agradeciéndole que me prestara el disco; no le expliqué que

poco tenía que ver mi gratitud —mi alegría— con el libro que estaba escribiendo, en el que no había en rigor un lugar para la banda más allá que como nota a pie.

Sin embargo, en los días que siguieron —me llevó casi dos meses terminar la primera redacción y otro tanto releer y corregir— seguí escuchando el demo e investigando un poco más sobre los Glitter, hasta convencerme de que podía y debía incorporarlos. En las últimas revisiones del libro aludí a la "lectura de la tradición dickiana de mundos alternativos unida a la clásica línea distópica, pero refundada en un contexto de rock and roll autoproclamado *terraja*" que acometieron los Glitter, y los comparé a los intentos de asimilación de George Orwell formulados (con poco éxito desde un punto de vista estrictamente narrativo) por David Bowie en *Diamond Dogs* o por Pink Floyd en *Animals*, sin dejar de señalar conexiones de *Say goodbye to the next millenium* con *2112*, de Rush, aunque musicalmente no había ningún punto de contacto entre el glam retro, garage y low-fi

de los Glitter y el rock progresivo y virtuosístico de la banda canadiense.

También incorporé una entrada sobre Space Glitter en la sección enciclopédica del libro, que reproduzco aquí:

> **Space Glitter**: Banda "glam rock terraja" formada en 2002 por Rex (guitarra, vocales) y Jon (bajo) —no se conocen sus nombres reales—, que militó bajo la bandera de cierta negación a las tendencias dominantes del rock uruguayo en la primera década del siglo XXI. Su demo *Say goodbye to the next millenium*, no editado de modo profesional hasta la fecha en que esto se escribe, es uno de los raros ejemplos de un proyecto "conceptual" registrados por el rock rioplatense (en el que se detectan apenas dos o tres ejemplos, entre ellos *La conferencia secreta del Toto's bar*, de los Shakers, y —para algunos críticos más eruditos en la

materia que quien esto escribe— algunas producciones en la carrera temprana del lamentablemente poco conocido Luis Alberto Spinetta, asesinado por militares argentinos en 1975 junto a los más renombrados León Gieco y Carlos "Charles" García Moreno). *Say goodbye* es un trabajo narrativo que bebe de la tradición anglosajona de la distopía y del relato de mundos paralelos, sin descuidar el doble sentido histórico-político. En un mundo regido por un estado orwelliano —al que a veces se alude como "The Empire" y otras "The Dominion"— irrumpe un mensaje de esperanza y rebelión proveniente de las estrellas. Los personajes descubren que la humanidad había migrado desde su mundo de origen a través de la galaxia; una facción se apuesta eventualmente en órbita a la Tierra y envía colonos para aprovechar las condiciones ideales

de su atmósfera y océanos. Estos son atrapados por un ser (o seres, no queda claro; en la canción "The Lord", lo más cercano del proyecto a un extraño *doom metal*, lo(s) oímos decir "my name is legion like Pazuzu / now you know, now you beg / soon you'll want to drink from my fountainhead") que genera una suerte de prisión virtual para sus mentes, haciéndoles olvidar su origen estelar y condenándolos a una vida de opresión. El mensaje del "pueblo de las estrellas", que aparece primero bajo la forma de una paloma en llamas en el sueño de uno de los protagonistas, incita a la rebelión, aplastada finalmente por el régimen. Si bien no se trata de un concepto original, ni tampoco narrado con solidez, los aciertos de la música convierten a *Say goodbye* en una obra sugerente.

Tras la publicación del libro fui entrevistado por varios medios de T.V., radio y prensa escrita especializada. La situación de alguna manera privilegiada de la banda —únicos músicos en un libro dominado por escritores—, supuse que llamaría la atención de los críticos, pero me equivoqué. Como ninguno de los entrevistadores me preguntó al respecto, ni reparaban los reseñistas en la presencia de los Glitter, para mis últimas apariciones en la radio, ya podría decirse que desesperado, saqué yo mismo la cuestión. El resultado fue inmediato: Al otro día recibí un mail de Jon y Rex.

Nos encontramos en un bar del centro un viernes por la noche. Era uno de esos consabidos boliches para veteranos, con mostrador largo, foto de Zitarrosa y mínimas mesitas cuadradas. Me resultó un poco extraño que me citaran allí, pero luego entendí que el bar estaba cerca de El Ojo de Axew, uno de los pubs centrales en la escena under según me explicó Valeria.

Llegué un poco más temprano que lo convenido, pero ellos ya estaban allí. Era imposible no reconocerlos: Rex tenía el cabello alborotado al modo del Bob Dylan de *Blonde on*

blonde pero teñido de rosado y violeta, y vestía una camisa plateada llena de pins y gastada por demasiados lavados, todos hechos en décadas pasadas. Jon, más alto y disperso, vestía un saco negro muy largo sobre una musculosa blanca desgarrada. No olían bien: detecté toques de vómito, vino lija y semen, pero saludaron con una alegría que sentí sincera, así que me alegré de inmediato. Jon tenía un vaso de vino y otro de cerveza y devoraba una enorme empanada criolla. Rex, durísimo, bebía de a sorbitos aplicados un vaso de whisky, lo cual contrastaba con la calma caótica de su compañero. Ambos, pero más Rex, hablaban con voces raras, especialmente en cuanto a un acento artificial que parecía traducir al castellano las inflexiones de un inglés de Birmingham, Liverpool o alguna otra zona proletaria de Inglaterra, a la vez que incorporaba palabras en inglés o spanglish que yo, para nada inocente de anglofilia, no había oído jamás; y menos que menos adjetivos como "hiperdeslumbrante", "metaparoxístico", "parapsicodélico" o "psicodelicada", este último jugado sobre el paño para referirse a una "veterana" que querían presentarme por su

colección de ciencia ficción editada en España y su virtuosismo felador. Me contaron, entre otras cosas, que estaban atravesando un *hiatus* en la vida de la banda, dado que su baterista los había abandonado.

—¿Y qué están haciendo ahora? ¿Ensayan, componen…?

—Back in da studio. Los toques son el costado burdo del rock, la payasada performática frente a la multitud embistiente. Totalmente necesario en un sentido pragmáticus, claro, pero a Joncito y a mí lo que nos interesa es componer, *the concept*…

Por estudio se referían a una computadora, una consola portátil y un montón de cables, el corazón de lo que describieron como "The head, el núcleo físico de actividades de la banda", una casa de dos pisos que habían okupado en Las Piedras.

—Tenés que venir a escuchar lo último… es una canción memorable, enfocada de un modo artístico-unitario-aglutinante —Jon recitó esas palabras con el entusiasmo de quien las ha aprendido hace poco, y Rex asentía con un gesto que daba entender no sólo su

supervisión del discurso de su compañero sino su complacencia ante el hecho de que Jon repitiese aquellos términos disparatados como si pertenecieran a un léxico técnico consagrado por generaciones de expertos—, sin ningún tipo de gancho a ningún concepto. Esta vez abordamos un enfoque más de singles…

—Un enfoque prebeatle —completó Rex—, completamente lo opuesto al demo anterior pero complementario. Un compliment a los oídos: ya era hora. La descanción is called "Andromeda revisited", y es lo mejor que hemos sonagenciado hasta now.

–Hasta low –dijo Jon, y rieron del chiste compartido.

Las sonrisas les quedaron petrificadas en la cara a partir de ahí, y empecé a ponerme nervioso. Rex se dio cuenta y sirvió un vaso a rebosar de vino rosado. Me lo arrimó, lo bebí, y se me fue casi de inmediato a la cabeza; nada de mi cuerpo estaba preparado para ese tipo de agresiones. Soy más de la cerveza, pensé en decirles, pero Jon se había puesto a contar la noche que había pasado con la líder de una banda punky llamada The klondykes, quien,

después de una hora y pico de que Jon se la cogiera por todos los orificios disponibles se colocó en la pelvis "uno de esos arneses que usan las tortas" y, armándolo de un dildo de buen calibre, procedió a levantarle las piernas a Jon para hundírselo en el culo.

—Y garchaba re bien —dijo—; serruchaba y serruchaba y yo me iba empapando la panza de leche. Como para hacerse un cocktel.

Rex iba a decir algo pero se detuvo, porque habían llegado las chicas, incluyendo a la veterana "psicodelicada" de inmediato presentada como Bea. Fuimos a Pórtico, donde estaba tocando una banda llamada Dundee (que supe después que a Agustina le gustaba mucho), y después me llevé a Bea a mi apartamento. No recuerdo gran cosa, menos aún sus presuntos dotes orales; el vino de Rex, naturalmente, había sido cargado con pastillas. Pero sé que no fue una mala noche.

La casa de Jon y Rex ocupaba el centro de una manzana baldía, frente a una usina eléctrica que llenaba el aire de un pulso grave y profundo y radiaba cables de alta tensión como líneas

de fuga en un manual de perspectiva. Era una casa vieja, de dos pisos, y parecía tan sólida como al borde del derrumbe. Una cerca rota intentaba separarla de la calle; en lo que debía ser la entrada al predio había varios posters pegados, todos ellos de toques de la banda, con fotografías en las que Rex y Jon se sumaban a otros músicos en poses deliberadamente obscenas o ridículas. Alguien había graffiteado PUTOX sobre la portezuela que se bamboleaba con el viento, CHUPAPIJAS en la cerca a la derecha y SIDOSOS a la izquierda. Caminé hacia la puerta, subí la escalerita que la separaba del terreno y busqué el timbre. No había más que un agujero en el revoque, lleno de telarañas. Golpee con fuerza y retrocedí, bajando la escalera. Me pregunté cómo habían dado los Glitter con la casa, que parecía una versión reducida de la mansión de la Familia Addams, aunque mucho más destruida, destruida hacia adentro, como implosioda a contramano del tiempo. Eran las cinco de la tarde. Pensé que debía ser la hora en que los niños de Las Piedras salen de la escuela y caminan con frío hacia sus casas, prontos para tomar café con

leche en una salita pobre y acogedora. Pero ni hacía frío ni había nadie en las calles, más allá de dos o tres viejos de piel tiznada y guantes de dedos recortados, el más alto de los cuales empujaba un carrito de supermercado cargado con cajas de cartón y una maceta con un arbolito. Caminaban trabajosamente, pero sin aflojar, y se alejaron hacia el derrumbe remoto y perpetuo de la ciudad siguiendo los cables en el cielo.

Cuando volví a mirar la puerta escuché una voz, me pareció que la de Rex:

—¿Quién está ahí?

El tono de la pregunta había sido agudo, exagerado.

—Federico —contesté—; Federico Stahl… habíamos quedado en que… ehm…

Un destrabar de cerraduras y un chirrido de bisagras oxidadas dieron paso a la cara de Jon, asomada por una rendija mínima. Deben estar acostumbrados a la cautela, pensé.

—Ah, pasá, pasá, no nos acordábamos de a qué hora te habíamos dicho.

El invitado de Drácula. Jon me palmeó la espalda y sonrió.

—Buena remera —le dije. Llevaba la cara de Luis Miguel en el pecho, maquillado con el rayo de *Aladdin Sane*.

—¿Esta? Sí, está buena, las pinta un pibe de por acá… de la poca gente que vale algo en esta ciudad shiteada por el hijo bobo de Cthulhu.

(Pronunció "chulú", a la manera de tantos escritores uruguayos ochenteros de ciencia ficción).

Estábamos en un zaguán vacío. Jon abrió la puerta cancel y entramos a una sala más grande en la que había apenas una mesa de caballetes y un armario cerrado.

—Nuestro humilde hogar —dijo, percatándose de que yo paseaba mi mirada por todos los rincones.

—Debe estar bueno tener un lugar así, ¿no? Para tocar, componer…

—A las gatas les gusta. A las gatas que valen la pena, digo.

Más allá del zaguán había imaginado una gran escalera en el centro de la sala, pero en su lugar estaban la mesita, el ropero y dos puertas abiertas que conducían a un comedor y a la cocina. Y contra una de las paredes una

escalera caracol de metal, como en un búnker.

—El estudio es arriba, andá subiendo nomás, yo voy a buscar algo para picar…

Sentí que le había cambiado el acento y lo atribuí a la necesidad de hablar afectadamente en Montevideo; agarré con fuerza la baranda: el metal se sentía rugoso y esquirlado. La escalera se mecía a cada movimiento, así que cerré los ojos, tragué saliva y apuré el paso hacia el piso de arriba.

Rex estaba esperándome con los brazos abiertos.

—¡Qué bueno que viniste! Vení, pasá al estudio…

Me guió por un pasillo hacia una habitación sin ventanas. Contra la pared opuesta a la puerta había una mesa enorme. Sobre su superficie de formica verde se levantaba la torre de una computadora, sin paneles laterales y por tanto con todas las piezas internas a la vista. Reparé también en una consola mezcladora, un equipo de audio AIWA con las tapas de las caseteras rotas y una maraña de cables. Y por encima de todo –yo había imaginado que si los había serían de Kraftwerk o Bowie– un poster

de Bernardo Brenschluss, "Pistoncito", junto a dos morochas tetonas, tomada de la promo de alguna de sus películas.

—Welcome a la Cabeza, el cuarto de los juguetes —dijo, y señaló el piso. Miré. Como veinte pedales, una telaraña de cables. Y también un colchón de plaza y media, apoyado de pie contra la pared a un lado de la puerta

—¿Hace cuánto que no se ponen a desenredar? —pregunté, tratando de hacer sonar las palabras más como chiste que como observación.

—¿Qué importa? A los toques llevamos los pedales, nada más… Tenemos cables especiales para tocar, de los buenos. Jon encara, pero yo en vivo soy clumsy, me tropiezo, desenchufo cosas… breiqueo plugs. Con cables buenos se minimiza el riesgo…

Había sólo dos sillas. Rex –en quien sí persistía el acento, evidentemente– se sentó y señaló la otra.

—Después Joncito se trae la suya, sit down nomás.

Miré los instrumentos, apoyados contra la pared. Había un bajo blanco, una guitarra

acústica en excelente estado y otra de doce cuerdas (faltaban algunas) con la marca raspada. Rex reparó en que estaba admirando la acústica.

—Lo mejor de la sobrevalorada marca Fender —dijo, y alargó los brazos para agarrarla—, me la trajo una tía de Estados Unidos. Lo mío son las Gibson, asi que el día en que empecemos a pasar hambre la vendo. Pero sólo ahí. O no, ni ahí tampoco.

Me mostró más instrumentos.

—Las eléctricas no son tan buenas… la Les Paul epiphone es mía, la Samick seudoestrato del guarango de Jon. Mi plan es comprarme algo mejor a fin de año.

Debió detectar mi incredulidad.

—Todo está ultra expensive en este país shiteado. No hay instrumentos como la gente. Bueno, acá no pagamos renta y robamos electricidad y agua, pero en realidad… tres cuartas partes de Las Piedras hacen eso. Así son las cosas acá, amigo montevideano. Entonces el dinero que entra se va en comida y drogas. Tenemos una buena capacidad de ahorro, así que mantenemos bien up to date la PC.

Precisás lo último para grabar como realmente wanteás, aunque en lo personal aborrezco la parafernalia de plug-ins en boga, que Jon en cambio considera indispensable…

—Sí, te entiendo.

—Bueno, acá hay algo para ir tirando hasta la noche —dijo Jon, que había entrado con una cerveza y un paquete de papas fritas...

—Se agradece, Clotilde —dijo Rex, tomando la botella.

Jon me pasó el paquete de papas. Lo abrí.

—No tenés silla, Joncito, traete una de mi cuarto…

—El piso está bien, como le digo a los nenes que traigo a casa…

—Porque las nenas no vienen, ahí está el tema de las pulgas —dijo Rex, señalando al colchón. Jon encendió un cigarrillo y se encogió de hombros.

—Estos días Joncito ha estado slipeando acá. Programa las baterías para Andrómeda. Yo soy bastante malo para todo lo que sea percusión.

—Porque no tenés sentido del tempo, cabrón…

—Hay cosas más importantes… Mirá, Stahl, ahora vas a escuchar el último tema de Space Glitter.

Me acomodé en la silla. Rex movió los parlantes del AIWA, tocó el ecualizador del sistema de audio de la PC y abrió un archivo llamado ANDROMEDA-ÚLTIMA.

Los Glitter se cruzaron de brazos y cerraron los ojos. El tema empezó a sonar. Tenía un gran parecido con "The awakening", y la instrumentación quedaba en piano cabaretero, guitarras acústicas, eléctrica con distorsión haciendo arreglitos y un solo, más alguna irrupción aquí y allá de un teclado en plan sintetizador retrofuturista. Sonaba bien; la mezcla resaltaba con mucho más cuidado que las de *Say Goodbye* y todo sonaba grabado con esmero superior, como si Jon y Rex hubiesen aprendido de los errores en su primer proyecto. Al mismo tiempo, la voz hiperafectada y los coros camp esta vez parecían quedar en el aire, sin agarrarse a algo que los justificase. Le faltaba cierta elegancia, pensé; podía entender el propósito "terraja" de la música pero, por

alguna razón, con esa nueva canción me resultaba incómodo.

—Sonás como un cantante de cumbia gay —le dije a Rex después de que terminó la canción— si es que los hubiera...

—¡Excelente! ¡Precisamente eso! Hay que descolonizarlo todo, sacar la heteropresión de la música y abolir el repudio a la tropical.

—Salvo a la cumbia de machitos, obvio. Long live el glam rock terraja —dijo Jon—, estás entendiendo, Stahl.

—¿Y no van a volver a la ciencia ficción?

—Bueno… —comenzó Rex—, yo no sé si usaría ese término, no sé si es nuestro género. Es parte de una discusión que tenemos con Joncito y sobre todo con nuestro maestro… ajustando tuercas.

—Después te hacemos una copy de Andrómeda, así la escuchás en tu casa —dijo Jon—. Tiene detalles que hay que digerir con cuidado… luego nos contás.

—Igual no te pienses que la ciencia ficción no nos gusta, ¿eh? Al contrario, lo que pasa es que *Say Goodbye* es un disco realista, si lo sabes escuchar.

Supuse que aludía a las referencias a la dictadura y asentí. Pasamos un par de horas escuchando música y conversando sobre ciencia ficción. Jon habló ante todo de películas, casi todas recientes más algún clásico de los setenta, y confesó que el único libro de ciencia ficción que había comenzado era *SIVAINVI*, de Dick (a quien llamaban alternativamente "Felipe Kapito" y "Filipus Dickus") y eso porque Rex le había insistido (y seguía haciéndolo, aclaró). Pero no había podido pasar de la página cuarenta. Rex había leído más, en su mayoría clásicos, *El hombre demolido, Ciudad, Más que humano*. Me mostró su biblioteca, armada con tablas, ladrillos y cajas de cartón. Había unos cincuenta libros, de los cuales más o menos la mitad pertenecía al género. Todos eran de autores anglosajones y anteriores a los setenta, con ningún ejemplo local. Mi primer reflejo fue cierto alivio al confirmar lo que había escrito en Cual retazo: los Glitter no tenían nada que ver con las líneas de la ciencia ficción uruguaya, no la habían leído, no la conocían. Después constaté que las influencias de *Say Goodbye* estaban todas allí.

Los otros libros eran más raros, esotéricos todos ellos. Títulos como *Las mansiones filosofales, Dogma y ritual de alta magia, La orden del Escatón, El pandemonio de Lemuria, Los textos sagrados de Thelema*. Seguimos conversando de literatura en general y de música, y hablamos un buen rato de David Bowie, en particular de su disco *Diamond dogs*. Rex dijo que no era su favorito pero que debía contarse entre lo mejor de todos los tiempos; Jon le quiso discutir que esa afirmación se quedaba corta, y que el disco era "lo más Bowie que Bowie hizo jamás". Pronto, como con cierta cosa ensayada en el intercambio, llegaron a la conclusión de que "Rock and roll with me" y "We are the dead" eran temazos que tenían que "derivar". Entendí que ese verbo era su eufemismo para copiar o imitar y se los pregunté tratando de sonar gracioso.

–Las imitaciones es todo, eso no lo tenés que dudar nunca.

Les contesté que, sin ser fanático hardcore de Bowie, había escuchado sí *Diamond Dogs* y que me había gustado bastante, pero que para

mí la perfección de la música de su autor estaba en los discos entre 1977 y 1980.

—Es lo más politizado —dijo Rex—, tienen cosas buenas, pero se le fue el glam, que era lo mejor.

Me llamó la atención el término "politizado", justo en relación a esos discos, que siempre me parecieron (y a los pocos autores que leí al respecto, casi siempre en relación al futurismo cienciaficcionero de los años setenta) más bien tecno y un poco autistas, pero no dije nada. Cuando se terminaron las cervezas Jon propuso ir al súper a comprar más. Como ya era un poco tarde les dije que me retiraría, y aprovechando su salida de reaprovisionamiento les pedí que me acompañaran a la terminal. No insistieron en que me quedara, y aceptaron escoltarme de buena gana.

—¿Querés ver el vestuario? —me preguntó Jon. Le dije que sí.

—Pero Joncito, los magos no revelan los trucos…

—Callate, paparulo, que nosotros sabemos decir los secretos y callar el misterio.

Jon rió y se metió por un pasillo oscuro. No supe si seguirlo, si Rex había hablado en serio. Segundos después volvió a aparecer y me hizo señas de que lo siguiera.

—Venite nomás.

Todo fue más bien desilusionante. Un cuarto diminuto, que en algún momento debió ser de servicio o el lugar para las escobas, los baldes y las bolsas de basura, convertido en guardarropas mediante una hilera de clavos encajados a lo bestia (se veían las grietas) en la pared. Lo lógico había sido pensar que allí había camisas plateadas, boas de plumas y pantalones fucsia de spandex, pero lo único que vi fueron el saco largo que ya le conocía a Jon, la galera de Rex, tres camisas bastante comunes y corrientes, un par de chalecos y, separado de todo lo demás, un uniforme militar con gorra y lentes.

—El disfraz de Michael Jackson de Jon —dijo Rex, que nos había seguido.

Jon sonreía con orgullo.

—De cuando estuvo en la Casa Blanca con Reagan…

—Un fucking key moment del siglo veinte —completó Rex.

No supe qué decir.

—Nos lo regaló el viejo Ramírez, que se lo llevó de la casa del Rubén T. cuando murió. ¿Lo conocés, no? El mejor imitador de Michael Jackson de Las Piedras.

—Pero era de Montevideo, el modelo T —añadió Rex—. Se recibió de la faculta de humanidades y todo. Antes de la Civi, claro.

—Mirá, yo no sé si no llegó a enseñar… Después haceme acordar que le pregunté al Maestro.

Jon se puso su saco sobre la remera de Luis Miguel y Rex tomó uno de los chalecos y la galera. Pensé que, si le ponía ganas a la cosa, aquella cosa rotosa y ridícula podía parecer tomada de algún retrofuturo steampunk.

Después entendí que todo era precario pero a la vez *funcionaba*. Y que eso valía tanto para su ropa como para su música.

—¿No les gritan nada, por la calle? —les pregunté ya afuera.

—Vos lo decís por las chanchadas que escriben en la cerca —dijo Rex—; y sí, esto no

es como Montevideo… o sea, es todavía peor, pero no porque la gente piense así, por ser tan porquería, sino porque todavía creen que tienen que fingir eso, ¿me entendés? Shitear porque se debe. O exagerarlo. Acá todos los machis se comen travoltas los sábados a la night, en el Cromo, en las afueras. Geografía pedrense básica, estimado. Pero que ni se te ocurra que te vean como otra cosa que el buen heteropatriarca uruguayo de voz grave y complexión adusta. Por eso la clave es exagerar la contraria. Ni Jon ni yo teníamos esta pose en el liceo, pero imaginate lo que hubiese sido. Todo bien con la sodomía, pero… son cosas que se notaban. En tu época era peor, me imagino… A mí, te tengo que confesar, una buena concha me gusta más que las pijas con las que se babea Jon.

—¿Mi época? ¿Pero vos cuántos años tenés?

—Veinticinco —contestó—, y Jon veinticuatro. Vos tendrás treinta, treinta y uno… Vi que te decían el niño prodigio de la literatura uruguaya, pero…

—Veintiocho —lo corregí—, y aun así no creo que haya diferencias de peso, ¿no?. O sea,

más o menos fuimos adolescentes en la misma época.

Estábamos subiendo al centro de la ciudad. Un par de chicos con pinta de metaleros nos saludaron desde la vereda de enfrente y cuatro cuadras después otros pendejos nos gritaron putos de mierda chupapijas del orto. Jon los puteó en una jerga que no comprendí mientras Rex se agarraba la entrepierna con una mano y lanzaba un aullido a la Michael Jackson.

–¡AAAAUUU!

Por un momento pensé que había caído en una pelea callejera —ya estaba poniéndome nervioso y tratando de recordar algún consejo perdido en el tiempo sobre cómo pararse y cómo golpear— pero la cosa no pasó de la consabida escalada de puteadas y gestos.

—¿Era de esto que hablabas, no? —preguntó Rex después que los pendejos se retiraran—, no te voy a negar que sí, que estamos repodridos, pero también está bueno el desafío… y sin eso no hay rock. Me encanta cuando Joncito hace el IIII-JIIII del negro Jackson. ¿Podés creer que los asusta? O sea, no saben qué pensar, si somos mongólicos o qué. Y después de eso les

parece que no pueden pegarnos. Ahí la quedan, porque les caemos con todo.

Noté que el acento artificial le había desaparecido.

Jon levantó la mano en un brindis imaginario.

—Bueno –comencé–, es que en Uruguay de alguna manera el rock ha tenido ese gesto under o rebelde, según está más o menos consensuado. Al menos hasta hace unos años, cuando se oficializó cierta tendencia y sus antecesores directos, que pudieron tener, en su momento, no te niego, alguna forma de lectura política, incluso algún perfil contestatario, pero se trataba de gestos que no podían importarse fácilmente a la realidad política uruguaya… Y… Bueno, lo que siempre me hizo gracia es como nadie reivindicó una faceta especial de la lucha contra la dictadura… o sea, siempre se defendieron cosas como el Canto Popular, que en el fondo es la cosa más conservadora y reaccionaria que existe, o también algún tipo de actividad desde una perspectiva política en el sentido más simple del término –sentí que me enredaba en clichés–. Pero a nadie se le

ocurrió que el glam rock, el rock bisexual, que estaba disponible desde antes incluso de 1973, representara un desafío mucho más grande y contundente. Especialmente luego que se supo del asesinato, tortura y desapariciones en los campos de reclusión para homosexuales durante y después de la Civil. Por eso no entiendo por qué no surgió una respuesta más visceral. Es decir, hubo sí una rebelión, pero que pactó con muchas cosas que hacen pensar que lamentablemente lo peor de la dictadura fue su lección aprendida a la fuerza por una generación, incorporada…

—No sé —me interrumpió Rex—, nosotros no nos ponemos a pensar; hacemos esto porque nos gusta y porque el 99 por ciento de los uruguayos son unos mediocres de mierda, y llevarles la contra está bueno –y agregó, de nuevo con el acento–, *it's good*. A mí todo el cuento de la civi me tiene podrido, además.

Habíamos llegado a la terminal. Noté los vidrios opacados, el olor a pichí de pichi, la cumbia en los altoparlantes y la suciedad en los asientos de plástico que miraban a la apertura de los andenes. Supuse que cuando

había mal tiempo aquello debía cerrarse con puertas corredizas, pero lo único que encontré fueron unos bastidores de madera pintada y nailon marrón. Una mujer de macizos metro cincuenta de estatura y cara diminuta hecha de líneas horizontales barría despacio. En los mostradores había tres mostradores vacíos y uno atendido por una mujer flaquísima, de edad indefinida y con la piel cubierta de manchas y pecas, como en un mapa físico.

—Hola; quisiera un boleto para el próximo a Montevideo…

El olor a cigarrillo era abrumador, pese a que ni la mujer estaba fumando ni había un cenicero cargado. Me pareció que el tufo manaba de su piel, que estaba almacenado para siempre y a presión entre las arrugas.

—¿Usted no escucha la radio ni ve televisión, joven? Hay huelga sorpresiva desde hace una hora y media; balearon a un taxista en el Cerro. No sale ningún ómnibus hasta las seis de la mañana.

—¿Pero cómo? ¿No sale ninguno? ¿Y no hay servicio de emergencia?

—Eso no depende de mí, joven; a lo mejor llega alguno antes de las doce. Si quiere esperar, es asunto suyo…

Jon y Rex me miraban desde un banco de la plaza.

—No hay ómnibus —caminé hacia ellos y les dije—, parece que paran porque mataron a un taxista. Según la mujer que atiende hasta las seis de la mañana no hay nada, pero que a lo mejor pueda aparecer algún servicio de emergencia… no sé si esperar o…

—Chitara es lo más mala onda que hay, pero dice la verdad siempre, y a vos me parece que te trató bien. Te la podrías coger si quisieras —me interrumpió Jon—, en un momento de necesidad todos lo hicimos y, la verdad, tiene lo suyo la flaca. Pero ahora no jodas, te quedás con nosotros. Aparte, hoy va a ser una gran noche… ¡te quedás en casa, no rompas las bolas!

Imaginé por un instante pasar la noche entre cucarachas y ratones. Las arañas, las polillas, los gritos desde la calle, las persianas que se golpeaban, el viento sacudiendo la casa

a punto de derrumbarse, un colchón húmedo y maloliente…

—Eso sí, si te cogés a la Chitara la japi va con dos forros por lo menos…

—¿Cómo es la noche acá? —les pregunté ya encaminándonos al supermercado.

—Bueno, nosotros pasamos mucho encerrados grabando y haciendo las mezclas, pero hoy, *justo hoy* tenemos planes, y está buenísimo que te quedes…

—Es el destino —lo interrumpió Jon, mirándome—, si te ponés a pensar, *tenía* que ser así.

—¿Por qué? —pregunté— ¿Qué pasa hoy?

—Ya te vamos a explicar. Por ahora imaginate que te regalaron un viaje al Congo —rieron— ¿Viste Las Piedras? Bueno, querido, eso no es nada.

El supermercado estaba lleno de familias haciendo las compras para el fin de semana, como si fuera ya rutina la llegada de un huracán. Me puso nervioso que nadie se fijase en la ropa de Jon y Rex, y sí en los lunares de mi camisa, que de pronto me parecieron un

intento ridículo de congraciarme con una idea mal formada de lo que eran los Glitter.

En el mostrador de la panadería se desempeñaban dos gemelos. No pude dejar de mirarlos; uno era apenas más alto que el otro, más robusto también, pero aparte de eso eran tan idénticos que hasta tenían la barba igualmente crecida, como de tres o cuatro días. Imaginé que se afeitaban con movimientos sincronizados y traté de escuchar qué se decían.

—¿Qué? ¿Que qué? —se repetían, con caras de fastidio.

Jon estudiaba las bebidas de mayor graduación.

—Había pensado comprar unas cervezas, nada más, a lo mejor un vino para tomar antes de salir… ¿vos qué pensás? Porque ahora tenemos un invitado…

—Yo no quería añadir gran cosa al acontecimiento, pero ahora que tenemos invitados hay que cambiar de planes…

—¿Qué acontecimiento? ¿Qué tenían planeado para hoy? No quiero que cambien nada sólo porque yo…

—Nada, ya te vas a enterar… igual Jon tiene razón, ya que tenemos un invitado, hay que agasajarlo —se acercó a la góndola y tomó un Absolut, que le tendió a Jon, y un Johnny rojo, que estrechó contra su pecho con cariño.

—¿Cuánto hay que poner? —pregunté, pensando si había traído dinero suficiente.

—Nada, nada, dejá… invitamos nosotros.

—Pero ahí ya van gastando mil y pico… no sé si…

—Cállese la boca, que esta es una ocasión para celebrar, ¿o qué?

No supe qué responder. Jon propuso aprovisionarse de snacks.

—Unas papas, por lo menos —dijo.

—Yo invito con la comida… además, si vamos a tomar ese whisky y ese vodka habría que hacer un poco más de base, de piso…

—Ni hablar. Hoy invitamos nosotros —sentenció Rex—; la próxima, en Montevideo, vemos. Pero tenés razón, vamos a comprar unas hamburguesas. Jon conoce un truco para hacerlas al microondas; pensás que van a quedar una porquería pero nada que ver…

Me sorprendió que desembolsaran tan fácilmente esa cantidad de dinero; entre comida y bebida (Jon dijo que no había que retirar tan fácilmente su fidelidad al vino y la cerveza, así que además de las otras bebidas llevamos tres litros de cerveza y un tetrabrik de tinto) gastaron casi dos mil pesos. Para mí semejante gasto de fin de semana hubiese sido impensable, pero me dio la sensación de que les resultaba fácil encontrar excusas para permitírselo. Pensé en preguntarles, entrada la noche y con más confianza, cómo se ganaban la vida. No fue necesario. Saliendo del súper nos encontramos con un veterano pelado y con cara de tonto acompañado de tres tipos extrañamente jóvenes –adolescentes lampiños y rubiecitos, con cara cachetona– que parecían recién salidos del gimnasio. Uno de ellos tenía tatuado un Pokémon –de los más conocidos, pero no lo supe identificar– en el cuello.

Rex se apuró a saludar. Conversaron un rato, parecía que en buenos términos, a unos pasos de dónde nos habíamos quedado Jon y yo. El hombre palmeaba a Rex y, finalmente, le pasó un sobre abultado. Después se acercaron

a nosotros; Jon saludó al hombre (los gorilas mutantes adolescentes se habían quedado atrás) y Rex me presentó. Federico Stahl, dijo, escritor de la capital.

—Hans Neumeyer, el Führer. Encantado —dijo, tendiéndome la mano—, es un placer recibir intelectuales en nuestra pequeña ciudad. Cualquier cosa que necesite, pídaselo a estos buenos amigos, que se lo harán llegar como una cortesía de un servidor.

No supe qué decir. El tipo me palmeó la espalda —el mismo gesto que había mostrado con Rex— y nos saludó a los tres antes de reunirse con sus patovicas.

—¿El Führer? —pregunté, pasado un tiempo prudencial.

—Claro, el Führer de Las Piedras… no te pienses que por ser nazi ni nada, al contrario; andá a saber si pensó que era la manera de presentarse acá, para que todos entendieran, ¿no? No era lo mismo llamarse el zar o el emperador. Y así como lo ves este tipo es el amo y señor indiscutido de las drogas y la prostitución en Las Piedras. A nosotros nos quiere porque le conseguimos dos cosas que

de otra manera no podría tener: marihuana transgénica y merca no sólo pura sino especial.

—¿Y ustedes de dónde sacan eso?

—Bueno, pura lo que se dice pura capaz que no… y lo de transgénico es marketing… o no, porque son híbridos de diseño, ¿entendés? Todo contactos. Tenés que saber que las fiestas del Führer son una cosa increíble. Mirá, Las Piedras es una ciudad con detalles que no hay en ningún otro lado. Te lleva un poco de tiempo mapearla, pero al final todo está bastante claro. ¿Querés la info? Prestá atención. Tenés ante todo tres tribus: los metaleros, los punks y los cumbieros. Y son metaleros en serio, punks en serio y cumbieros en serio. Gente que toca de verdad. Antes la ciudad la controlaba la gente de la cumbia; tenían el monopolio de la droga y la joda. En los toques de bandas cumbieras, en los bailes, era donde se concentraba todo. Pero a fines de los noventa apareció este tipo. Hijo de alemanes y suizos, se fue de Nueva Helvecia a Montevideo a los catorce años. Fue punk, estuvo preso, empezó el movimiento de putas a Italia en los noventa, traficaba oro. En el 2000 volvió y le hizo la guerra a la

mafia de la cumbia. Y ganó, ahí está lo genial. Él solo contra los caribes. Pero no los arrasó, ¿entendés? Siempre los respetó, en realidad, y por eso los tipos todavía mueven sus cosas, guita y minas y taxiboys y trabucos con 130 de tetas y culo y pijas de 30 centímetros, pero los abastece el Führer. Los administra. Hasta los debe supervisar, mirá. Todo el año los metaleros y los cumbieros se cagan a palos en el Abando, o los punks y los cumbieros, pero en las fiestas que da el Fü hacen las paces. Son una cosa tremenda, esas fiestas; lo único bueno que pasa por acá…

Jon se rió.

—Aparte de nosotros, claro…

—Bueno, no lo *único* —puntualizó Rex—, alguna otra cosa interesante hay… no te voy a decir que no.

—¿Por ejemplo? —pregunté.

Habíamos llegado a la casa. Mientras Jon abría la puerta y pasábamos, Rex me miró tratando de proyectar una película de seriedad. Pensé que estaban a punto de volver el acento y el falso inglés, pero me equivoqué.

Tomé un trago de cerveza y me senté en el suelo.

—Lo que va a pasar esta noche, por ejemplo.

Jon aplaudió con fuerza.

—¿Qué va a pasar esta noche?

—Que esta noche Rex va a hacer un pacto con el Diablo —dijo Jon.

Después todo quedó un poco más claro.

En las afueras de Las Piedras había una gran fábrica abandonada, que servía de punto de encuentro a los que Rex llamó los "parias" de la ciudad, la gente —explicó— que se mantenía deliberadamente por fuera de las tres facciones principales. Algunos se configuraban en minorías más o menos definidas, como los jugadores de rol, que habían acondicionado uno de los espacios de la fábrica con parafernalia de fantasía heroica; otros encontraban su lugar en alguno de tantos salones desiertos y armaban lecturas de poesía beatnik con guitarras, cartones de vino y tímidas orgías; Rex habló también de criptoanarquistas, aceleracionistas, neoludditas, primitivistas y neopaganos,

y añadió que también se reunían allí los seguidores de Alastair Lestrange. El nombre me sonaba; le pregunté a Rex quién era. El ocultista principal de la ciudad, respondió.

Por un momento creí haber escuchado *oculista*.

—Que además es escritor de ciencia ficción —añadió Jon.

—Exacto —dijo Rex, mirándome—. Él fue el que nos pasó todo el material… de hecho, gran parte del concepto del disco fue derivado de charlas con él… Es nuestro maestro.

Pasó a contarme los detalles del último rito que habían celebrado junto al coven local, un grupo de *demonólogos revolucionarios* que se reunía con la luna llena en los alrededores de la fábrica. Noté un entusiasmo especial en sus palabras; al hablar de música, pensé, lo hacía desde una posición de seguridad, quizá incluso de suficiencia, pero parecía surgir otra sinceridad (como si dijera que Rex "hablaba desde el corazón") cuando se refería a los enfrentamientos entre la facción wicca más purista –"el camino de la mano derecha", los llamó Rex– y las ideas de Lestrange, a sus

indagaciones en la insurrección lemuriana, la magia del caos, Crowley, Parsons y Spare, y el infaltable *Necronomicon*. Mientras Rex se lanzaba a una semblanza del tal Lestrange me puse a buscar en mi memoria la razón por la que el nombre del ocultista me resultaba familiar. Entonces Rex se refirió al *De vermis mysteriis* y el recuerdo se detonó. Yo sabía quién era: me lo había mencionado

—Pará —pregunté—, ¿Lestrange no es un tipo que escribía cuentos lovecraftianos? Lestrange, Lastrange… ¿no firmaba también L'estrange? O una novela, también, ¿puede ser? Como por los años setenta, me parece…

—Ese mismo. Fue muy perseguido por la dictadura y se refugió acá. Creo que tuvo algo que ver con la Civil. Pero él sobre esos años guarda silencio. Saber, querer, osar y callar… Sus guerras nunca fueron civiles, dice siempre.

Con esas palabras terminé de recordar. Lestrange, por supuesto. Era uno de los escritores de la generación previa a los ochenta, la de Washington Damián Morales y Juan Carlos Migliano, pero jamás había alcanzado la visibilidad —mínima, pero visibilidad

al fin— de la que habían "disfrutado" (por usar el eufemismo más extendido) los dos escritores más "clásicos" de la ciencia ficción uruguaya. Las dos reseñas de su novela que encontré no daban rodeos ni jugaban a pactar una delicadeza mínima, así fuese con aires de profesionalismo o incluso desinterés: ambos comentadores hacían un uso extensivo de adjetivos como *delirante, absurdo, deplorable, anacrónico, ridículo, risible* y *erróneo*, sin darse cuenta que aquella escritura era impenetrable a esas calificaciones y a ese tipo de lectura. Opté entonces por excluirlo del libro, pero ante todo porque, según me contó Migliano, Lestrange —además, en rigor, de ser más un escritor de horror que de ciencia ficción— había terminado en la agrafía y, más importante quizá, carecía de vínculos con lo que yo consideraba era la verdadera instauración de una ciencia ficción uruguaya, es decir la generación que comenzó a escribir en la década de 1980.

En todo caso, mientras escuchaba la semblanza que iban armando Rex y Jon, entendí que el lugar de Lestrange —o quizá incluso su descendencia— no estaba en la ciencia ficción

o la fantasía sino en otra rama de la literatura fantástica.

—…cuando te dije que el asunto del paro de ómnibus *tenía que ser así* —dijo Rex de repente— yo tenía razón. Ahora lo veo todo claro. Tenés que conocer al maestro. Y como él va a presidir la ceremonia de hoy…

Siguieron más explicaciones, todas apasionadas, plenas de entusiasmo. El presunto "pacto con el diablo" consistía en que Rex entrara en La Boca, un caño enorme abandonado en el campo, y "lograra salir" por el otro lado. Aparentemente nadie había sido capaz de atravesarlo, y el que lo hiciera, con la debida preparación se encontraría con el Diablo.

—¿Cómo con el Diablo? —pregunté.

—Ah, es el término consensuado, pero nada que ver. Tampoco te vamos a aburrir con tecnicismos. No te imagines, eso sí, un tipo con capa roja, barba de mosquetero y cuernos… aunque capaz que tendríamos que explicarte un poco algunos principios, nada que vos no puedas entender, claro, pero… a ver…

—Soy todo oídos.

—Mirá, de hecho esto es lo que queremos transmitir con música —dijo Jon—, que el mundo es una ilusión, que hay que liberarse, que hay *otra* realidad.

—Y esa ilusión —continuó Rex— se debe a una entidad, un dios, habrían dicho los antiguos, porque era el término natural para ellos. El contrario a ese ser es lo que se nos ha enseñado a lo largo de la historia a llamar el Diablo, haciéndonos creer que es el mal… cuando es precisamente al revés, ¿entendés?

Aquello —después hablaron de Azatoth, Shub Niggurath, El Rey de Amarillo, Nodens, Nyarlatothep y Thothtodlana— empezó a parecerme un outline perfecto de *Say Goodbye to the Next Millennium*: los mismos tonos gnósticos a la Philip Dick, la cosa esotérica. Y entonces lo entendí todo: los Glitter no habían armado una ficción sino que creían en la verdadera realidad de lo que narrado por su música; le habían añadido circunstancias cienciaficcioneras para divertirse o porque después de todo el rock era lo que les salía o conocían mejor y el lenguaje de la ciencia ficción una suerte de lingua franca, pero el

mundo al que aludían debía ser el nuestro. Había, es decir, un mensaje.

—Ah —dije, por decir algo—, yo pensé que lo del pacto venía más por el lado Robert Johnson, I went down to the crossroads, ese tipo de cosas.

—¡Pero claro! Es que ellos hicieron precisamente eso. ¿Y sabés quién más? ¡John Lennon! Y Jimmy Page hizo un pacto que incluyó a Led Zeppelin, pero los otros tres se quisieron abrir y la banda pagó las consecuencias. Eso lo escuchás en una canción del *Presence*, esa que dice "the devil he told me to rock / the devil he told me to roll". Y Jimi Hendrix también, y Robert Johnson, y Jim Morrison, pero le salió mal, y Mick Jagger, y David Bowie, que hizo un pacto de eterna juventud y por eso ahora lo ves y está igual que hace veinte años…

—¿Es decir —pregunté, tratando de anular todo posible signo de sarcasmo— que toda la historia del rock está atravesada por el concepto de pactar con… con el enemigo de quien domina el mundo?

—¡Pero claro! —gritó Rex, como si añadiera "¿y recién te das cuenta?"— El rock and roll

es eso, rebeldía. Stick it to the man. Pero no del modo boludo que se dice siempre, la cosa hippy; es rebeldía contra la verdadera opresión, la opresión de la realidad falsa. Lo que pasa es que, tarde o temprano, todos fallan, todos flaquean. Es muy difícil mantenerlo porque cuando el Dominio descubre qué hiciste, tira toda la artillería contra vos. Son como trampas, y te enredás sin darte cuenta.

—Para eso nosotros tenemos un arreglo —dijo Jon—; apenas yo me dé cuenta de que Rex está flaqueando, intervengo. Puedo llegar a matarlo si es necesario, y él haría lo mismo conmigo.

Me pareció que había caído en un pacto infantil llevado demasiado lejos. Y fue como ver los titulares: *bajista de rock mata a su compañero de banda*, y después *denunció traición a la causa* o, peor, *había sido sustituido por un doble maligno*.

—Bowie vio algo en sus viajes por Estados Unidos en el setenta y cuatro. ¿Sabías eso? Como le tenía miedo a volar andaban por la carretera en limusina. Una locura. Pero por ahí andaba, por los desiertos, siempre de noche. Es

justo cuando y donde ves las *cosas*. Y lo que vio lo cagó de miedo; se pasó el resto de su carrera tratando de esquivar la necesidad de dar cuenta de eso, tratando de *callar*.

—¿Pero y lo del glam rock terraja, y…?

—Todo es parte del paquete. Todo. Y es muy coherente si lo analizás. Del maestro aprendimos mucho, lo esencial sobre todo, pero no te creas que lo único que hacemos es seguir lo que él nos dice. De hecho, hasta te diría que está equivocado… equivocado precisamente porque tiene razón.

—No entendí eso…

—Él le acierta en un 98% a la verdad, pero le falta un 2%. Y no se da cuenta, entonces cree que tiene razón absoluta, el 100%. En eso se equivoca, claro, y, por lo tanto, está *totalmente* equivocado, porque piensa que lo que es la verdad se puede poner en palabras.

—¿Y no se puede?

Habíamos llegado a un punto de la discusión en que los Glitter podían empezar a creer que no estaba simplemente haciéndome el tonto. Temí de pronto que me echaran a la

calle y tuviese que vagar por Las Piedras hasta que se arreglase el paro de ómnibus.

—¡Pero claro que no! ¿Cómo se va a poder? Las palabras son un arma del Dominio… Un virus que nos infectó cuando se hundió Lemuria. Vos deberías saberlo, que sos escritor. ¡Lo único que puede decir la verdad es la música!

—Pero volviendo al tema del pacto… piensan… pensás pedir… ¿qué? Porque me imagino que lo que podría haber pedido Robert Johnson o Jimi Hendrix no…

—¿Quién lo dice? ¡Claro que sí! Son todas armas, ¿no lo ves? Maneras de llegar, de *encantar*, como el flautista de Hamelin. Eso era Hendrix. Se llevaba las mentes de la gente fuera de la aldea dominada por las ratas de la opresión…

—Entonces lo que vas a hacer esta noche, me decís, es vender el alma al Diablo, o a algo que normalmente llamaríamos Diablo pero que en realidad no es el mal sino todo lo contrario, a cambio de tocar muy bien la guitarra y de que Jon y vos se conviertan en la mejor banda de rock and roll de todos los tiempos?

—¡Eso mismo! —gritaron a coro—. Porque las almas no pertenecen al Dominio, y por eso si le vendés tu alma al diablo, lo que hacés en realidad es devolverla a su verdadero creador...

—Y si de paso se suma dinero, drogas, pijas y conchas y culos, ¡genial! —añadió Jon, y Rex aplaudió, gran sonrisa del gato de Cheshire.

Me sumé a los aplausos y a la sonrisa. Los lunares en la camisa tenían que servir para algo.

You try so hard
But you don't understand
Just what you'll say when you get home.
Because something is happening here
And you don't know what it is
Do you, Mr. Stahl?

Un rato después guardamos el alcohol en la mochila de Jon y salimos a la calle. La luz de Las Piedras era la misma de Montevideo, ambarina y pegajosa, pero aquí se unía al deterioro de todas las cosas para armar un paisaje de otro tiempo o sin tiempo, un universo tangencial que parecía haber preservado su momento de mayor decadencia en una gota de ámbar.

Caminamos hacia la plaza y luego tomamos por otra avenida, también amplia y despoblada, con pocas casas y algún edificio de tres pisos rodeado por baldíos en los que se reunían chivos o algún otro animal parecido alrededor de los restos de fogones ya apagados. Nos acercamos a uno de los edificios y reparé en que un pichi de lentes negros enormes, a la Roy Orbison, tocaba una milonga sepulcral.

Llegamos a las puertas de un edificio de cinco pisos; adentro un hombre muy alto, de cabello largo y canoso, enfundado en una capa negra, salía del ascensor y nos hacía señas.

Abrió la puerta.

—Estimados —dijo, tendiéndome la mano primero, voz seca, aspirada, asmática.

—Alastair Lestrange, Federico Stahl —nos presentó Rex.

—¿El escritor y crítico de ciencia ficción? —preguntó el viejo. Reparé en que le faltaba el canino izquierdo y que seguro había usado bigote hasta hacía poco tiempo. Tenía el cabello aún abundante, grueso y crecido, con entradas puntiagudas. Supuse que andaría por los sesenta años.

—El mismo —había respondido Rex de inmediato—, nos visitó hoy y por varias circunstancias no pudo volver a Montevideo, así que se nos ocurrió que lo mejor que podía hacer era presenciar lo que va a suceder esta noche.

El viejo asentía con el ceño fruncido y la boca entreabierta. Noté que, para compensar el que faltaba, todos sus dientes parecían afilarse como pequeños colmillos.

Apoyó una mano en mi hombro. El interior de la capa estaba forrado en raso rojo, como el de Drácula; de hecho, el viejo Alastair Lestrange, de haberse cortado el pelo y teñido de negro, podría haber obtenido un honroso tercer lugar en un concurso de imitadores de Christopher Lee. No le miré la mano, sino que traté de mantener la mirada en sus ojos, de un marrón clarísimo.

—Autor del reciente tratado *Cual retazo del espacio*, por supuesto…

Entonces entendí. Los Glitter le habían prestado mi libro y el viejo, al no encontrarse por ninguna parte y teniendo que sobrellevar las reiteradas menciones a sus enemigos y a esos

escritores y críticos que tantas veces lo habían ninguneado, concibió una suerte de venganza simbólica y ordenó a sus discípulos que trajeran al hereje que epitomizaba toda la afrenta contra su persona. Entonces sería revelado que sí tenía poderes de nigromante, de maestro de las artes oscuras, y yo sería recluido en alguna mazmorra —las mazmorras debían abundar en Las Piedras, pensé después, y recordé que de hecho las había habido, y no pocas, durante la Civil—, alimentado con cabezas de pescado y torturado todas las noches en compañía de un hombre con cabeza de caballo y una mujer con manos de langosta.

—Un excelente libro —continuó—; aunque debo decir que me busqué en el índice y no me encontré… ¿será acaso que no conoce mi obra, joven?

Golpe directo, sin ambages.

—Bueno, yo…

—Pero no, no, no se justifique, caramba. Está bien, después de todo mis libros no son lo que se dice *fáciles de encontrar*, ¿verdad?

—Yo le diría que lamentablemente no.

—¿Y usted leyó algo de mi autoría?

Decidí jugar limpio y decirle la verdad.

—Leí apenas un cuento, mucho antes de comenzar mi investigación. No lo incluí en el libro, señor Lestrange, porque entendí que usted escribía más bien horror, un género que no domino, y también que ya no escribía; tuve además el interés especial, y hasta le diría porgramático, de privilegiar en *Cual retazo* a la generación de los años ochenta y noventa, especialmente al grupo de Emilio Scarone, del cual formé parte y al que debo mi lealtad.

—Sí, por supuesto, eso está bien claro, yo leí su libro comprendiendo que tan buena pluma pertenece a un hombre de bien, y a un hombre joven también. —dijo— Y además tiene usted razón. Porque ellos se lo merecen más que nosotros, usted en definitiva formó parte de ese grupo y es natural que lo defienda, y yo ni fui jamás un escritor de ciencia ficción ni lo soy ahora, asi que que una vez más lo recalco: tiene usted razón. Pero con la salvedad de que sí fui un escritor de horror cósmico, que algún punto de contacto debe tener con el género en que sobresalieron Asimov y Bradbury, por no mencionar a Simak y a Leinster. Eso sí, desde

hace tiempo que la ficción no es el centro de mis intereses, si es que alguna vez lo fue. ¿Pero quizá, si en algún momento usted reedita este libro que seguramente será considerado de referencia en el futuro, pueda hacer una mención, en plan absolutamente histórico, se entiende, a mi obra, que gustosamente pondré en sus manos si lo desea? Escritores de horror hubo pocos en nuestro país, por lo que incorporarlos al otro gran género ninguneado sería una buena manera de no relegarlos a las fauces del olvido, ¿no le parece?

Estábamos los cuatro parados ante la entrada del edificio. ¿Cómo se habla a un hombre de sesenta años envuelto en una capa negra? Asentí.

Apareció entonces un recuerdo más completo de mi charla con Migliano, y ante la imagen convocada por esas idas y venidas de mi memoria no pude sino aguantar la carcajada. Migliano, pacato como siempre, se había ruborizado. Lo fui a visitar una vez, a buscar no de sus libros, me contó, y cuando toqué timbre en la puerta de su casa —claramente Lestrange no vivía en Las Piedras en aquel entonces—

salió a abrirme un muchacho. Más que un muchacho un niño, un púber. Escasamente vestido… Su… lacayo, imagino.

—Señor Lestrange, será un placer leerlo —dije—; y si entiendo que hubo un verdadero error en no incluirlo, cuente con que lo enmendaré de alguna manera, sea en una reedición, si es que llegamos con mi editor a esa circunstancia, y ojalá lo hagamos, o en cualquier otro texto sobre ciencia ficción, o incluso horror, que yo escriba en el futuro.

El viejo sonrió.

—Espérenme aquí, queridos, que ya vuelvo —dijo, abriendo la puerta del edificio y entrando de una zancada. El ascensor subió de inmediato.

—Qué raro que no nos haga pasar, ¿no? —dije.

—Ah, él es así, una persona muy privada. Tenés que ser de su absoluta confianza para que te deje entrar.

—¿Y ustedes entraron?

—Sí, una vez, pero sólo a la sala donde recibe. Nunca vimos su estudio, y mucho menos su laboratorio.

—¿Laboratorio?

—Sí. Es alquimista. Hace unos meses dijo estar cerca de la piedra filosofal.

—Ajá.

La posibilidad de que estuvieran tomándome el pelo estaba clarísima, pero no dije nada. Por otro lado, el plan perfecto en esa escala miserable de las cosas habría sido, naturalmente, que Jon y Rex lo creyeran todo, demonología, atanor y *Necronomicon* incluidos.

Lestrange apareció enseguida, con cuatro libros en una bolsa y lo que parecía un manuscrito bajo el brazo. Me descolgué la mochila para guardar los regalos mientras el viejo explicaba —no nos habíamos movido aún de la puerta del edificio— que tres de los cuatro habían sido editados en los setenta y que el otro, de 1990, terminó por ser su última compilación de cuentos, publicada en Maldonado por la editorial de un tal Siborsky, a quien yo jamás había oído nombrar.

Una vez en el parking Lestrange se acercó a un Ford Escort rojo del '84, muy descuidado, con varios niveles de chapa descascarados. Se

metió y nos abrió desde adentro; Jon y Rex se acomodaron en el asiento trasero y yo de copiloto, con la mochila en la falda.

El motor gargajeó. Un hombre, el cuidador del parking supongo, se acercó al vehículo. Lestrange sacó unas monedas de la guantera y se las tendió.

Salimos en dirección al centro.

En el camino el viejo contó algunas anécdotas de sus primeras publicaciones, y pronto empezó a esbozar una suerte de periodización de su obra. La primera habría sido su "etapa tentativa", cuando imitaba o quería imitar a los "grandes clásicos", Salgari, Verne, Dumas. Después entró en la etapa "lovecraftiana", a la que pertenecían los tres libros que había autoeditado en los setenta. Tras la mudanza a Las Piedras en el 89, coincidiendo —resaltó— con la asunción del primer gobierno elegido democráticamente en más de quince años, retomó la escritura y terminó un último libro de relatos, en el que se abría a "nuevos caminos para el horror cósmico, senderos no transitados, algo del

viejo fantástico y una fuerte dosis de verdad hermética".

—Una línea —decía, sin sacar los ojos de la calle— que extiendo aún más en mi más reciente esfuerzo, inédito, que acabo de pasarle, Stahl. Porque he vuelto a la escritura, y note que digo a la escritura y no a la ficción, como aquel que volvió del desierto o el otro que bajó de la montaña. Ahora ya no soy un escritor de sólo horror cósmico, ¿verdad? A usted le gusta la ciencia ficción politizada, y el manuscrito que le he pasado es un libro de cuentos… ¡aparentemente! Criptas, horrores, infiernos: "La maldición de Kandhag", "Secretos de la tumba", "La doble visión", "La vacía eternidad", títulos sopesados en mi cacumen, cuentos que admiten múltiples lecturas. El primero puede leerse como una derivación de *El horror de Dunwich*, pero también como una alegoría cifrada del gobierno de Jorge Batlle; en el segundo, el personaje principal es un remedo de ese repugnante Julio María Sanguinetti. Pero estos cuatro no son sino prólogos para el último, el plato fuerte del libro, un verdadero tour de force. Mire, para ir interesándolo en la

lectura, voy a contarle de qué trata. Descubrirá que el título está en inglés; no es una elección arbitraria, y en otro momento me gustaría discutirla con usted. Con los muchachos, que escriben sus canciones en la lengua del bardo de Avon, lo hemos tratado en muchas ocasiones, y estoy muy contento de poder asegurar que estamos plenamente de acuerdo.

Rex asentía desde el fondo del vehículo.

—Se titula "Ape Hell", El Infierno de los Simios o Infierno Simio, en una traducción un poco torpe pero eficaz. En este cuento un hombre pierde a su novia, la actriz Beba Roveti, en un accidente. Ella muere del modo más trágico imaginable, en la flor de la edad, y el protagonista, Oscar Nérida, celebra su memoria visitando su tumba todos los meses, siempre el mismo día, el del accidente. Cuatro años después de la horrible muerte se encuentra en el cementerio con una tía de su querida Beba. Sintiéndose de alguna manera obligado invita a la señora a tomar un café en un bar cercano a la necrópolis. La mujer entra en confianza y le cuenta, entre otras cosas, que Bresgo Roveti, el hermano menor de la muerta, al que Oscar

no había visto más de dos veces porque el muchacho estudiaba en Europa, ha caído desde el terrible fin de su hermana adorada en una violenta patología maniacodepresiva, como se dice ahora. Y que, para colmo, se ha mudado a la vieja casa de la familia, incluso al que fuera el cuarto mismo de su hermana, donde pasa los días en ocio y lamentaciones, repasando antiguos estudios y obsesionado con la memoria de su hermana muerta. ¿Y qué puedo hacer yo al respecto?, le pregunta Nérida a la anciana. Podría visitarlo, le dice, hablar con él, distraerlo; después de todo, ustedes tienen casi la misma edad, seguramente se van a entender. Como sigue sintiéndose obligado con la familia, el protagonista acepta la propuesta. Llama al teléfono de la casa de su novia, no sin lágrimas en los ojos, imagínelo, de volver a marcar ese número que tantas veces le había traído la dulce voz del ser amado, y el cuñado, Bresgo, atiende. Lo recuerda, sabe quién es, por supuesto, y parece que una luz se le enciende, las palabras cambian, su tono, todo empieza a trasuntar alegría, una alegría quién sabe hace cuánto no sentida…

El auto se detuvo.

—Bueno, llegamos —dijo Lestrange.

Estábamos en las afueras, ante la fábrica que habían mencionado Jon y Rex. Me pareció espeluznante, un centro denso de la noche y sus ausencias; reparé en sus paredes grises manchadas de verde cerca del suelo, en el óxido en todas las aristas, la salida de caños y tuberías arruinadas. Hay una escena de *Conan el bárbaro*, una de mis películas favoritas, en la que un personaje contempla las murallas de una ciudad, y estamos hablando de ciudades de hace miles de años, anteriores a toda historia consensuada del mundo, y dice *civilización, antigua y vil*. Que la civilización sea todavía más antigua que esa antigüedad legendaria, anterior a la historia, me pareció siempre una maravilla, tan bella como inquietante. Y eso sentí ante la fábrica: que era antigua, más que Las Piedras, más que la industria, más que Uruguay, más que los seres humanos. Porque bien podía ser algo natural, o quizá porque lo natural le había ganado a la fábrica real, la había carcomido y disuelto, y le había expuesto una esencia más profunda y oscura.

Por otra parte, era un cubo casi perfecto, con apenas una puerta de metal frente a donde Lestrange había estacionado, en lo que parecía un parking improvisado lleno de malezas y bordeado por eucaliptos que me parecieron reses colgadas en un matadero. Rex gritó algo que no entendí y se frotó las manos.

—Ustedes pueden comenzar la preparación —dijo el viejo—. Fíjense si los del grupo están en el salón de siempre, yo me quedo por acá con Stahl, despejando el lugar.

Los Glitter corrieron a la puerta e ingresaron al edificio mientras Lestrange caminaba por los alrededores, miraba el cielo, olía el aire y suspiraba sonoramente, todo de un modo tan desamparado y teatral que me dio pena interrumpirlo.

—Stahl, ¿usted conoció personalmente, verdad?

La pregunta me tomó por sorpresa. Estábamos de pie entre la maleza que crecía en las grietas del hormigón.

—Sí, fui amigo personal de Emilio por muchos años… 1994 a 1999, más o menos; después dejamos de vernos por un tiempo y

retomamos un contacto más fluido en 2003, que se mantuvo hasta su desaparición, aunque en esos últimos años nuestra relación no fue la misma… Cuando nos conocimos yo me sentía de alguna manera su discípulo, y él jugó el papel de maestro lo mejor que pudo. Eso no sobrevivió al paso del tiempo.

—Qué curioso; nos pasó algo similar. Yo lo conocí cuando tenía once años, ¿sabe? Vivíamos en la misma cuadra, su familia y yo. Detrás del cerro, en el viejo y sórdido barrio Casabó. El padre era un buen vecino, no le diría un amigo pero sí una persona respetuosa, atenta… y eso que uno era más… raro, por aquellos tiempos. Mire, yo tenía un quiosco, una pequeña librería, y Emilio solía comprarme revistas de historietas. Es decir, lo que hacíamos era el clásico canje tan común por aquellos años. Mientras el país se venía abajo con la Guerra Civil, y le cuento que nunca toleré la reducción de semejante calificativo al tan común "la civil", el pequeño Emilio leía *El Tony, El Víbora*, las revistas de superhéroes de la editorial Novaro… y mientras su padre moría de cáncer yo le presté los primeros libros

que lo apasionaron, *El color que cayó del cielo*, del gran solitario de Providence, y *La princesa de Marte*, de Edgar Rice Burroughs. Llegó a leer tres o cuatro por día: los devoraba. Pronto sus intereses viraron más plenamente hacia la ciencia ficción, género en el que pude apenas orientarlo: como ya le he dicho, señalándole las bondades de contemporáneos como Simak, Asimov o el más irregular Poul Anderson. Pero pronto Emilio se metió en política. Cuando los militares se hacían los gallitos por ahí diciendo que habían ganado la guerra, él fue de los que participó en el planeamiento de la sublevación de Tacuarembó. Tenía diecisiete años. 1980. Le recomendé que se quedara en Montevideo, le dije que él era un escritor, no un soldado. Que no arriesgara la vida. Y cuando volvió me dio la espalda. Para entonces ya decía que yo era… bueno, eso, un *mamarracho*.

Pronunció la última palabra, sentí, con todo el asco apilado en los últimos veinte años, con toda la tristeza, la rabia.

—Habiendo leído su libro, Stahl, me alegra que no haya tratado a Emilio tan mal como él me trató a mí.

—Bueno, yo todavía pienso que es el mejor escritor de ciencia ficción de Uruguay… pese a… bueno, pese a *todo*…

—Lo es, lo es. O lo era. Su libro, el de usted, no me trajo mayores noticias. Pero todos sabemos que estaba profundamente perturbado, ¿verdad? El tipo de hombre que se inventa enemigos allí donde no los hay, y que para semejante invención no duda en reparar, a modo de materia prima, a sus verdaderos amigos, que lo quieren bien, como uno lo quiso. Más allá de eso, no se sabe nada de su destino, ¿no es cierto?

—Ni de su destino ni de su *perturbación*… de esas cosas no se sabe nada.

—No es cierto; algunas cosas sí se saben.

Lestrange caminó hacia el auto. Lo seguí. Abrió la cajuela y sacó un bolso, que me pidió que sostuviera mientras cerraba. Imaginé que contenía libros de magia. No pesaba mucho. Se lo tendí y lo colgó de su hombro.

Jon y Rex estaban saliendo del edificio acompañados por una chica muy delgada, de enormes ojos color avellana, vestida con lo que parecía un rompecabezas gótico mal armado.

Me la presentaron.

—Federico, Valeria. Nuestra médium.

—Encantado —dije.

—Valeria tiene unas habilidades sorprendentes —Lestrange apoyó una mano sobre la frente de la chica, que miraba hacia abajo con timidez—, por eso nos asiste en los ritos.

Rex se adelantó y me pidió que lo acompañara. Caminamos unos pasos en dirección opuesta a la fábrica, mientras Lestrange —no pude ver bien— abría su bolso y le tendía algo a Jon.

—Este es un momento especial —dijo, supongo que una vez alcanzada la distancia adecuada—, y, como corresponde, hay que acompañarlo con algo que lo refuerce… No sé cuál es tu postura sobre estos temas…

Supuse que se refería al esoterismo.

—Bueno, yo tengo mis creencias, como todo el mundo… quizá podría decirte que sí, que de alguna manera creo en una forma de…

—No, no, no me refiero a eso. A las drogas, las drogas.

Y sacó una cajita de píldoras, que abrió para tomar con mucho cuidado una especie de chicle color rosa.

—¿Te animás, no?

Pensé que no podía negarme. Extendí la mano. Rex depositó la pastilla justo en el medio de mi palma.

—¿La tomo, así nomás?

—Jon tiene las bebidas, si necesitás algo para bajarla.

La tragué.

—¿Qué efecto hace?

—Y… varía según el usuario. Es un poco de THC, de metilfenidato, nada muy fuerte. Te ayuda a enfocar, un boost sobre las cosas. Con Lestrange decimos que le da tanta fuerza a tu mirada que se te vuelve posible atravesar las barreras entre este mundo y lo real.

Rex había empezado a caminar de vuelta hacia el grupo. Lestrange estaba trazando líneas en el suelo mientras Jon encendía velas y las disponía alrededor de Valeria, que estaba sentada con los ojos cerrados.

—Lamentablemente, mi amigo Stahl, y nos entenderá, usted no podrá participar

directamente de nuestro rito —dijo Lestrange—, aunque sí es bienvenido a presenciar sus primeras etapas. Pero llegado el momento deberá retirarse. Cierta familiaridad con los procesos es menester, además de una voluntad ya comprometida con nuestro camino, por no decir *iniciada*. Y, coincidirá conmigo, estos procedimientos se nutren del secreto. En todo caso, es más por su protección que por la nuestra, o por el ceremonial en sí mismo; hay cosas que sólo se pueden ver tras cierta preparación, y digo *pueden* como quien dice *deben*.

Asentí y me senté no muy lejos de la figura que trazaba el viejo, un círculo un poco deforme en el que dibujó después una estrella de cinco puntas.

—La finalidad de esto, Stahl, es consagrar un báculo que usará nuestro amigo Rex para aventurarse en la oscuridad. Lamentablemente, el momento álgido de esa consagración es la parte del rito que usted no podrá presenciar.

Lo que siguió fue lo que podría haber imaginado. Lestrange invocó a los cuatro elementos, a los antiguos maestros, a los

Antepasados, a los Héroes, a los manes de Apolonio de Tiana y de los Grandes Muertos, entre otros personajes pintorescos que incluían por supuesto a su casi tocayo Crowley. Jon y Rex repitieron todo el ceremonial y la chica sostuvo por encima de su cabeza una copa, un cuchillo, una vara y un puñado de sal, que "simbolizaban" el agua, el aire, el fuego y la tierra (Lestrange había dado un matiz didáctico a su conducción del rito, supongo que en atención a mi ignorancia). Llegado el momento entré a la fábrica. Pensé en esconderme y buscar rendijas o ventanas en el edificio para robarle alguna imagen al secreto de aquel rito, pero no lo hice. Estaba seguro de que si me permitiera espiar terminaría por desilusionarme, y no porque esperase nada mágico o maravilloso de aquello, ni mucho menos, sino porque a lo mejor estaban sentados contándose chistes y eso habría confirmado que me tomaban por estúpido; o, quizá peor, porque cabía la posibilidad de ver a Lestrange recitando encantamientos en un latín mal pronunciado en el que, deplorablemente, enredaría los nombres de Cthulhu y R'lyeh. Así que recorrí el amplio interior de la fábrica,

lleno de caballetes, gabinetes de metal y mesas que seguro habían dado soporte a maquinaria ahora desaparecida. Encontré dos máquinas de escribir (que pensé en llevarme a casa, pero estaban llenas de telarañas y manchas de un óxido verdoso que parecía producido por la acción de algún ácido), la carcasa de un viejo monitor IBM de 19 pulgadas, viejos lockers de vestuario apoyados contra la pared y los unos contra los otros, y mucho polvo. Había también una escalera, contra una de las paredes, que conducía a lo que supuse un entrepiso. Subí y encontré un pasillo en el que había tres puertas abiertas, que debían pertenecer a las antiguas oficinas de la fábrica. Escuché voces. En la segunda habitación había un grupito sentado en torno a una mesa con mapas, dioramas y figuras en miniatura. Estaban jugando rol. Uno de ellos gritaba en algún idioma élfico cuando irrumpí. Me miraron, sorprendidos o asustados. Pedí disculpas y ellos volvieron a sus tablas y sus dados. En las otras habitaciones no había nadie, pero en la última la pared estaba rota y se podía pasar a una suerte de plataforma o terraza. Recorriéndola —por suerte no estaba

orientada de modo que pudiese contemplar el rito— encontré una pareja cogiendo y, en el extremo opuesto, un grupito de hippies fumando porro, que me saludaron con demasiado afecto. Estaban sentados en una escalera de metal que comunicaba con la azotea.

Pedí permiso casi susurrando, decliné la oferta de una pitada y trepé por la escalera, a la que le faltaban varios peldaños. El techo, la fábrica y los alrededores parecían parte de un inmenso conjunto obsoleto de paneles solares, una estación de energía abandonada en el desierto soviético; a lo lejos —y me maravilló la distancia que habíamos cubierto en el auto¬¬¬¬— estaban las luces de Las Piedras (¿cuál sería la de la casa donde había nacido mi padre y qué escenas de la vida familiar estarían representado los desconocidos que la habitaban?) y, más allá, las calles de cristal sucio de Montevideo. Me senté en la cornisa ¬¬y respiré hondo. El aíre estaba frío y seco, lejos del estuario estancado y sus camalotes, pero a la vez sentí esa especie de electricidad que, dicen, habita las noches previas a una tormenta o vive en esos momentos de calor inesperado

en medio del invierno. Entonces, por primera vez desde mi partida de Montevideo, me sentí feliz. Estaba en el lugar donde debía estar, pensé; estaba en la noche, atento y con vida, Federico Stahl, veintiocho años, sábado 20 de octubre de 2007, dispuesto a salir, a mezclarme con el latido de la ciudad, a orbitar bajo la noche trayectorias sin sentido. Me puse de pie y la brisa se levantó. Pensé que quizá la pastilla de Rex estaba haciendo efecto; aquello me alegró todavía más, y me dieron ganas de sentarme con los hippies a recitarles palabras de Artaud o Rimbaud, palabras de Morrison y de Ginsberg, sintiendo que había vuelto a fines de los noventa, cuando escribía poesía y firmaba manifiestos y soñaba con alquilar un auto y salir a la carretera. Después recordé al viejo Lestrange y el rito. Había algo entrañable en sus pretensiones de Eliphas Levi criollo, su linterna mágica averiada. Pensé en escribir un artículo sobre sus obras, justificar por qué no las había incluido en mi libro y renovarlo, peinarlo, arreglarle la barba, lavarle un poco la escritura y de alguna manera descubrirlo o inventarlo. Quizá cierto reconocimiento le

permitiría limpiar su escritorio y mirar hacia adelante, escribir una novela, una colección de cuentos sólida, pautar su regreso…

Entonces se hizo el silencio. O, mejor, entendí que allí había estado siempre el silencio. No había nada que hacer, porque todo se hacía solo, incluyéndome. Miré las estrellas, el horizonte, las luces aplastadas de las ciudades, los punks, cumbieros y metaleros de Las Piedras, el führer, los travestis de 130 de busto y 30 cm de pija, los chicos que les habían gritado a los Glitter: todo eso estaba allí y eso era el silencio. Cosas en el mundo, cuerpos, objetos; yo mismo de pie en aquella fábrica: con eso bastaba o debía bastar, y respiré esa felicidad. Nada de regresos ni grandes novelas. Nada más.

El rito debía haber terminado. Bajé las escaleras y sentí que en mi conciencia se había atascado una idea, detenido mi pensamiento pero no mi percepción del tiempo, que pasaba como la corriente de un río en torno a una obstrucción en el cauce. Seguía con esa noche a cuestas, con ese momento singular. Atravesé la sala de máquinas sin máquinas y abrí una

rendija de la puerta de salida. Vi a los cuatro sentados en el piso, conversando, y salí.

La Boca estaba a unos trescientos metros de la fábrica, y la noticia de que Rex iba a intentar atravesarla debió recorrer la ciudad entera ya que pronto nos acompañaban unos veinte curiosos, entre ellos el grupito de roleros al que yo había interrumpido. Después se me acercaron otros tantos, seguramente advertidos por Jon de que yo era "un autor importante" (de hecho repitieron esa fórmula), y no faltó quién me hablase de ciencia ficción. Los metaleros, como suele suceder en estos casos, eran los más leídos. Uno de ellos era un freak de la *Fundación* de Asimov, y me preguntó si conocía los cuentos y novelas ambientados en ese universo que habían escrito George Alec Effinger, David Brin, Greg Bear y Gregory Benford; le dije que sí. Me preguntó por las inconsistencias de la serie, como la edad de Daneel Olivaw y la fecha de los eventos narrados en *Yo, robot, El resto de los robots* y *Todos los robots*, y le dije que no.

Que no tenía la menor idea. Se fue asintiendo, muy serio.

La Boca parecía una historia no terminada. Era un cilindro hueco volcado o derrumbado sobre el césped del campo que se extendía al noreste de Las Piedras; en algún momento de su historia posterior a cualquiera fuese la función para la que había sido creado alguien lo había pintado de negro; el color había devenido un gris lavado por el viento cálido y cargado que surgía del Río de la Plata y era filtrado por los edificios y las casas de Montevideo, Las Piedras y cualquier otro pueblo o balneario que se parara entre la Boca y el Mar.

Pensé que sobre aquella superficie aclarada podrían leerse las huellas dactilares del tiempo. Sus relieves apenas tangibles, las dunas en el desierto, moviéndose con la calma de los milenios. Y con el tiempo los sonidos: los de las guerras de la música entre punks, cumbieros y metaleros, los de todas las conversaciones, los de los árboles y los pájaros: todo eso debía estar ahí registrado, como los surcos en un disco de vinilo, el viento, las estaciones, las explosiones, la marcha de los tanques, los gritos.

Nadie supo contestarme cuánto tiempo llevaba en ese lugar. Podía ser más antiguo que la humanidad, imaginé que dirían Jon o Rex, y que había sido desenterrado para liberar un contagio sobre el mundo. Lestrange había llegado a Las Piedras en 1989 y aquello ya estaba allí, dijo; lo mismo para Jon y Rex, que se habían mudado a la ciudad tres años atrás. No había nadie en el grupo que pareciera mayor de treinta, excepto dos metaleros que, al preguntarles, dijeron lo mismo que todo el mundo: La Boca nunca había faltado de las afueras de Las Piedras. Estaba allí desde el principio de los tiempos.

Me paré ante el caño enorme, que tendría un diámetro de unos cuatro metros, más o menos. No se veía nada al otro lado. Nada. Supuse que se debía a la oscuridad de la noche; durante el día sería inevitable un círculo brillante como la luna llena en una noche de la que han sido extirpadas las estrellas.

Un vaho de tiempo rancio me saltó a la cara. Casi como una cachetada. Pensé que el caño era el extremo de un embudo inmenso, con su parte cónica conteniendo al mundo entero,

filtrándolo hacia allí, empujándolo hacia un más allá inconcebible.

Rex me tocó el hombro.

—¿Ahora entendés, no? No importa Lestrange, no importa nada de lo que el tipo crea saber… ahí *tiene* que estar el Diablo. Si el Diablo está en alguna parte, tiene que ser acá. No puede haber otro lugar en el mundo, otro lugar así…

Asentí, temblando. La pastilla sin duda había hecho su efecto. El aire olía a humedad, a cloaca, a esos túneles que se cruzan bajo los cementerios. Empecé a marearme. Rex dijo algo sobre una versión nueve, una versión catorce. La oscuridad manaba a borbotones desde la entrada de La Boca, y escuché una voz que repetía lo dicho momentos atrás por Rex: *no importa Lestrange, no importa nada de lo que el tipo crea saber*, pero entonado con mínimas variaciones que postulaban un Rex con otra pose, otra experiencia de años y años de música, fracasos y escenarios. Y luego la misma voz: *me tomó años encontrar este lugar, Fede, qué bueno que estés acompañándome*, y después, como a través de un pedal de delay

averiado, *yo sabía que era verdad, que la Boca existía*, seguido de un silencio, una frase ininteligible y algo a continuación sobre una *cámara de ecos*, y un *viaje por el Valle* y también una *anomalía*. Sentí que el suelo llovía sobre mi cabeza y de inmediato mis manos se llenaron de la aspereza del pasto mientras se multiplicaban las voces, las voces de Rex, de Jon, de Lestrange, mi propia voz que se desgajaba y florecía y cada una de todas esas voces respondía a *ese mismo momento* desde historias diferentes y cientos de universos posibles. Entendí que tenía los ojos cerrados, que todo estaba ocurriendo en mis oídos, conectados al gran registro sonoro de la Boca, y temí qué llegaría a encontrar si los abría, si vería acaso mi cara arrojada a variaciones infinitas, si vería cientos de fotografías de mi vida variada, alterada, ramificada. Con miedo y todo los abrí. Jon. El contorno de su cara aparecía rodeado por otra línea, casi perfectamente paralela a todos los puntos, y otra más allá, más débil, y luego otra y otra, perdiéndose como los reflejos de espejos paralelos, fluctuando en las ondas de demasiadas piedras lanzadas al mismo río. *Qué te pasa, estás bien*, repetido

mil veces, con mínimas variantes de tonalidad desatando una disonancia que rodaba como un abrojo gigantesco al que se pegaban todos los pedazos de mi yo. La pastilla, pensé, y en mi cabeza sonaron otras voces, debe ser el alcohol, *debe ser el porro, debe ser el ácido, debe ser la maraña*. Volví a cerrar los ojos y traté de forzarme a una calma imposible. Lo último que había visto, creí recordar, fue a Rex que entraba a la Boca, le tocaba el borde con ambas manos, tanteaba, resistía la oscuridad que lo chupaba hacia adentro y miraba por último hacia donde yo me derrumbaba para cantarme algo (él iba volviéndose invisible en el interior del caño) que terminaba con *do you, Mr. Stahl*…

Me contaron después que pasé más o menos dos minutos inconsciente, que apretaba los párpados, arañaba el aire tratando de aferrarme a quién sabe qué estructura del espacio y que dije, al despertar, que mi conciencia había tocado físicamente el *punto en el que conviven todos los universos*. Después Jon trató de

explicarme que el desmayo se había debido al efecto de la pastilla, que *varía según el usuario y nunca se repite*, y que yo dije *como la vida, pero ahora estoy percibiendo todas mis vidas posibles, como un árbol, ramificado ante cada opción*. Todo eso me contaron, pero mi único recuerdo certero es estar en el auto de Lestrange, recostado en el asiento trasero con Rex a mi lado, y lloraba bajito, Rex, se cubría la cara con las manos, se las llevaba al cabello, que tendía hacia atrás, y luego una vez más a los ojos y a la cara y otra vez al pelo y yo pensaba que las lágrimas le lavarían la tinta y pronto podría ver el color de verdad.

—¿Cómo te llamás? —le dije de repente.

Me miró con la boca abierta y los ojos enrojecidos.

—¿Qué me preguntaste? —susurró. Adelante conversaban Jon y Lestrange.

—Que cómo te llamás —insistí, acercándome para que pudiera oírme, convencido de que debía hablar en voz baja— Rex es un pseudónimo, obvio, pero tu nombre, ¿cuál es?

Y me respondió.

Una vez llegamos a su casa Rex nos contó qué había sucedido en el interior de la Boca y por qué no había logrado atravesarla. Ahora entiendo, dijo, las razones por las que nadie lo ha hecho; ahora entiendo, insistió, de qué se trata en verdad el terror. Aquella frase estaba demasiado bien tramada, era la de *Apocalypse now*, pero se lo creí, por una vez le creí a Rex, que todavía temblaba y lloriqueaba con una taza de té humeante en las manos.

Lestrange asentía.

—Otra vez será, amigo Rex, otra vez será. Los caminos ocultos sólo pueden ser recorridos cuando uno está preparado; hasta ese momento, todos son refractarios. ¡Si lo sabré yo!

Y Rex insistió en hablar de la oscuridad terrible en el interior de aquel caño, de la respiración de cuerpos que no podían estar allí, de una imposible intersección con otro pasaje en el que se escuchaban las voces de dos ancianos y otras historias más.

Después preparamos las hamburguesas, pusimos algo de música y Rex se distrajo, se rió de un par de pavadas, tomó una guitarra y se puso a tocar mientras Lestrange y yo conversábamos en un rincón. El viejo —que había aportado a la reunión unas masitas de confitería y una botella de vino blanco— quería terminar de contarme el argumento de "Ape Hell". Después de la primera visita a su cuñado, dijo, Oscar Nérida descubrió una nueva simpatía por él; no era difícil creer, aclaró Lestrange, que en la cara del joven pudiera leer las facciones de su novia difunta, que en el núcleo de su voz latiera una modulación o un timbre que "atravesaba su pensamiento y tañía las cuerdas de su corazón", como el viejo dijo que había escrito en el cuento (y yo le creí). El protagonista decide entonces frecuentar a su cuñado, y los contornos de la personalidad del muchacho empiezan a dibujársele con mayor claridad. Detecta, entre otras cosas, una especie de núcleo impenetrable al diálogo, fuente de enojo y tristeza, seguramente asociada a la hermana muerta, quizá un recuerdo especial, algo que ella le había dicho o hecho y que, como

es de esperar, empieza a llenar de curiosidad a Nérida. Como va ganando confianza con su cuñado, cree que llegará el momento en que podrá preguntarle exactamente de qué se trata. Mientras, la depresión del muchacho da señales de retroceder. Hay días en que sale a la calle y pasea por el barrio, hay tardes en las que el protagonista, al visitarlo, lo encuentra sonriente y despreocupado. Pero pronto cambian las cosas. En su siguiente visita semanal, Nérida lo descubre alterado, paranoico, y entiende que su cuñado mira con los ojos de alguien que está prisionero en su propia casa o su propio cráneo. ¿Qué te pasa?, le pregunta; el muchacho rompe a llorar, le dice que confía en él, que acaso deba contarle la verdad, que después de todo él es un hombre inteligente y comprenderá de qué se trata todo. Oscar, que teme lo peor (incesto, asesinato), lo urge a contar su verdad. Y lo relatado rompe todas las expectativas. Para empezar, no guarda relación alguna con su hermana. La depresión y la locura tienen sus raíces en un descubrimiento que había hecho muchos años atrás en el sótano de la casa, donde el espacio estaba quebrado.

—¿Cómo quebrado? —pregunta Nérida, y Lestrange narraba fingiendo las voces y poniéndose de pie, con toda la expresión corporal de un frágil actor de teatro.

—Quebrado, eso, que está roto —responde el muchacho—; hay una grieta en la realidad, desde la que entra la luz de otro universo… pero es la luz tenebrosa y hedionda de un mundo de pesadilla, de un infierno. Parece mentira tener que explicar otra vez estas cosas… que los universos son múltiples y coordinados en puntos de divergencia, que los más cercanos operan sobre la historia personal o la historia humana, pero otros se remontan a épocas primigenias y traman historias del mundo por completo diferentes a la nuestra. Desde niño he mirado por la grieta —insiste— y he visto al menos cuatro mundos diferentes, porque después de todo se trata de un fenómeno de óptica, o al menos eso creía, que era apenas un fenómeno de óptica.

Apenas pronuncia esas palabras los ojos se le desorbitan y sus manos se proyectan hasta el protagonista, como si pretendiera aferrarle

la garganta (el *gaznate*, dijo Lestrange, o quizá *garguero*, o tal vez *gañote*).

—Pero ahora… ahora… ahora están pasando… están pasando… *otras* cosas…

—Entonces —siguió Lestrange— Nérida logra tranquilizar a su cuñado, que, ya sosegado, le cuenta lo que ha visto en el otro universo. Se trata de un mundo infernal en el que la evolución no siguió las pautas que conocemos; si se desarrolló el Homo sapiens, le explica, alguna catástrofe acontecida en un tiempo al que dataríamos ochenta mil años antes de nuestra era lo extinguió, justo antes de que otro homínido o cuasi humano se aventurase fuera de África. Y de todas las especies que podían ocupar ese nicho ecológico fue favorecida una más remota en la filogenia… otro simio, pero más brutal, que evolucionó de maneras diferentes a las que lo hicieran nuestros antepasados, que desarrolló una cultura completamente distinta a la nuestra, violenta, visceral, sanguinolienta, caníbal. Un mundo tan extraño a los ojos humanos que su contemplación, su mera contemplación, equivale a escrutar el infierno. Y equivale a

la locura, a la pérdida de toda humanidad. Y el muchacho, que entiende que su relato es inverosímil, no tiene mejor idea que darle una prueba al protagonista. Lo hace bajar al sótano, le explica dónde y cómo acomodarse, hacia dónde mirar. Apaga la luz y lo deja ahí abajo, solo, ante el umbral. Las dudas, por supuesto, asaltan al pobre hombre. Quizá la muerte de su hermana terminó por enloquecerlo, piensa, y este experimento, si es que así puede llamárselo, no es más que el prólogo de su venganza. Porque, le resulta claro por un instante, su cuñado estaba enamorado, debía estarlo, no de otra manera puede explicarse, no otra pasión puede tener la fuerza para romper de tal manera la trama de lo real, tenaz como pocas, no, debía estarlo, debía haber consumido así sus días, incestuosamente enamorado de la muerta, y la irrupción de quien se la llevaría fuera de la casa de la familia y la haría morir en otros brazos sólo podía merecer el peor de los castigos, dejarlo morir de hambre y sed en un sótano, sepultarlo en vida…

La sombra de Lestrange se agigantaba tras la pared como la del vampiro en *Nosferatu*.

—Pero entonces sucede, de repente. Enfoca la mirada o mejor dicho abandona la pretensión de enfocar. Y un círculo de luz aparece en su campo visual. Lo contempla; está ganando detalles, cambios en la intensidad del resplandor, que late, crece, se agiganta. Pronto se ha comido toda la habitación y le muestra un pasaje, selvático, en el que asoman construcciones, no edificios ni casas ni nada parecido a la civilización humana, sino *otra cosa*, algo a mitad de camino entre la piedra y la planta, algo que parece capaz de crecer pero que, a la vez, postula la existencia de una mano que lo moldeó. No entiende las figuras, porque no se parecen ni pueden parecerse a nada presente en su experiencia; de hecho, no termina de *ver* las formas enmarañadas que se intercalan con las lianas y los troncos múltiples, porque para ver una cosa hay que comprenderla, y si viéramos *realmente* al universo quizá lo comprenderíamos. Él sintió repulsión y terror y la presencia de cosas incomprensibles. Entonces percibió que algo, que no era un animal ni se movía como un animal, entraba en su burbuja o reflejo circular

de un universo. La curiosidad pudo más que el miedo, y no cerró los ojos, pero la súbita inundación de luz, que blanqueó y renovó al sótano llevándose la proyección del otro mundo, lo salvó de ver. Era su cuñado, que había encendido las lámparas y bajaba las escaleras; le tendió la mano y se lo llevó a las certezas de una mansión humana. Allí hablaron, largamente. Bresgo había descubierto, días atrás, que de tanto contemplar esa ventana a otro universo algunos pobladores de éste habían comenzado una invasión. Encontraba entre los muebles y las cajas del sótano trozos de enredaderas, frutos y extraños insectos selváticos. Todos los días, cada vez más. Y un día, le dijo temblando, en el polvo de los sillones apareció una huella, la de una mano que no era humana.

Lestrange se sirvió otra copa de vino blanco.

—Desde entonces esas presencias se han multiplicado, le cuenta el muchacho, y prosigue: A veces sentimos ruidos en el sótano, cosas que caen, que se rompen, y hace meses algo intentó forzar la puerta cerrada, por suerte sin éxito, quizá porque no la comprendió o porque no se esperó la resistencia de esa madera enchapada

que, ahora entiendo por qué, refuerza desde los tiempos de mis abuelos a esa vieja puerta. Pero aunque hemos logrado contener esas invasiones, otras influencias se han dejado sentir. Seguramente se debe a que yo no dejo de mirar… a que no puedo dejar de mirar, pero… pero a veces parece que toda la casa comenzara a sumergirse en ese otro mundo, que esa realidad y la nuestra se tocaran, se fundieran, se confundieran… La única solución será demoler la casa, concluye, y se hace el silencio. Nérida siente que quiere hablar, pero no le salen las palabras. Bresgo le cuenta que al principio la idea le parecía detestable, que derribar la casa donde había pasado la infancia con su hermana adorada era un pecado, pero ahora su presencia y su apoyo (lo mira a él, le sonríe, le palmea un hombro) le han dado fuerzas.

Lestrange se detuvo.

—¿Y qué pasa después?

—¿A usted que le parece?

—Bueno… obviamente su protagonista Nérida no va a querer que le tiren abajo la casa donde vivió su amada …

—Exactamente. Eso mismo. En el cuento queda claro, es muy detallado en ese sentido, que Nérida, en sus visitas, va ganando cierta adicción al lugar, a los rincones, a las fotos en los portarretratos, e incluso llega a percibir el perfume de su amada, su presencia aérea, diríase. Entonces él y el muchacho discuten, pelean. El cuñadito es imprevisible, estalla en violencia, y nuestro pobre Oscar no tiene más remedio que defenderse. En la confusión de la lucha toma una estatua de bronce y se la estrella en la nuca, matándolo. Al pobre de Bresgo, claro. Y Nérida, cuando cae en lo que ha hecho, huye de la casa, despavorido. En los días siguientes la vieja tía llama, pero él no responde. Sus mensajes se van espaciando en el contestador, hasta que cesan. En las noticias, meses más tarde, descubre que han vendido la mansión: la ha comprado una empresa que planea instalar allí sus oficinas. Pero él sabe que salvo que demuelan la casa y arruinen sótano y cimientos, tarde o temprano surgirá de allí otro mundo, que terminará por destruir al nuestro…

—Bueno —le dije—, es un argumento interesante. Muy lovecraftiano, ¿verdad?

Lestrange sonrió.

—Es que incluso a mi edad cuesta desprenderse de quienes lo marcaron a fuego a uno. Yo no sería un escritor si no hubiese escrito sus pesadillas el solitario de Providence, ni me hubiese interesado tampoco por investigar en los libros de la doctrina secreta, de la que todas las invenciones de Lovecraft son remedos y parodias, a veces incluso citas literales, que no tienen otra finalidad sino abrir los ojos de los mortales…

—También le detecté algo de Borges… de "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius", también, por lo de la contaminación de la realidad con otro universo. Supongo que ha leído ese cuento.

(Al día siguiente encontré la expresión "si viéramos realmente al universo quizá lo comprenderíamos", junto a otras citadas por Lestrange, en un cuento de Borges —¡sorpresa!— dedicado a la memoria de H.P.Lovecraft.)

—Sí, por supuesto. Una pequeña obra maestra, y a la vez un cuento muy lovecraftiano,

¿no le parece? —dijo, y me hizo una guiñada.

Fingí que lo pensaba un instante y asentí.

Miré hacia Jon y Rex. Se habían dormido en un rincón, como dos hermanos siameses unidos por el pecho o un brazo, perdidos en el interior de una cabeza enorme, ruinosa y saqueada.

Un rato después miré el reloj. Eran las seis y media de la mañana, y seguramente ya empezarían a pasar los ómnibus. Me levanté, bostecé y dije que era el momento de retirarme. Ya estoy viejo para estas trasnochadas, agregué. Lestrange se paró de inmediato y dijo que ni se me ocurriera pensar en tomar uno de esos "vehículos de pesadilla cargados de lo peor de así llamada humanidad".

—Lo llevo en mi auto, que para cosas así lo tengo —y añadió, como si fuera necesario aclarar—, para asistir a los amigos, por supuesto.

Me despedí de Jon y Rex. Insistieron en que no me olvidara de escuchar con atención "Andromeda Revisited", y que apenas lo tuviera

"bien procesado" los llamara para contarles qué me pareció. Me comprometí a hacerlo y a volver a visitarlos pronto.

—No, no —dijeron, al unísono—, la próxima es en tus dominios. El fin de semana que viene arreglamos algo, un paseíto por Montevideo. Ya tuviste demasiado de Las Piedras; es suficiente por mucho tiempo… ¡Y el alcohol te va a tocar pagarlo a vos!

Me colgué la mochila sobre un hombro y seguí al viejo. Estaba empezando a salir el sol y la casa de los Glitter, con Jon y Rex como dos playmobils sonrientes saludando desde la escalerita de la entrada, me pareció idéntica a una piedra muy vieja y muy gastada que había dejado ahí la bajante.

En el camino sentí que Las Piedras y Montevideo se fundían en una sola ciudad poblada por eucaliptus, caminos vecinales y caballos que tiraban de carros cargados con todos los sueños, todas las pesadillas, las memorias y trofeos nocturnos de sus habitantes, envejecidos, gastados como la piedra que había

entrevisto en la casa de los Glitter, perdidas sus formas por el uso prolongado, por la erosión, y todos los caminos a los que se dejaban guiar terminaban en un paraje perdido entre ambas ciudades o entre todas las ciudades, un basurero enorme, vastísimo, con casas hechas de basura y calles hechas de basura y edificios hechos de basura y grandes esculturas de basura que se había pegado a los cuerpos de antiguos carros y caballos, agigantados por el tiempo, que no dejaba de acumularse en su interior. Y pensé que nadie mejor que Lestrange para guiarme por esa basura, por ese infierno pacífico y entrañable de basura, parando aquí y allá para meter las manos en la basura y extraer una vieja ZX Spectrum 48k como la que me regaló mi padre cuando cumplí 6 años, o muñequitos de los pitufos, viejas novelitas de aventura espacial de la editorial Bruguera, escritas por Thorkent o Marcus Sidereo, *Superbacterias, Amenaza en la colonia espacial, Fase Cuatro, Los insectos del Señor, Dictador del espacio*, casetes TDK con un LP de los Doors en cada cara y el enorme manuscrito de una novela escrita por un autor recluso y prisionero a lo largo de demasiadas

décadas en la que, si miraba con cuidado, iba a terminar por encontrarme como un personaje muy secundario o quizá apenas un nombre en una nota a pie de página, es decir nada o casi nada, y eso me alegraría el corazón y miraría al amanecer que ya se comía el cielo y pensaría que valió la pena viajar a Las Piedras; pero también hablamos durante el viaje, que se desvió por miles de atajos y olvidos y salidas repentinas a avenidas que ambos desconocíamos y que me parecieron la proyección indefinida de algún sueño suburbano, autopistas arrancadas del desierto y trasplantadas a una ciudad fantasmal, llena de casas diminutas rodeadas por muros de árboles. Lestrange habló de su vida y sus lecturas, de sus sueños recurrentes ambientados en una ciudad llamada Ventomedio, de la que Montevideo, como Roma a Remoria, no era sino la represión de toda oscuridad y pandemonio, y yo hablé de mi vida y mis lecturas y de Emilio Scarone y todas las revistas y fanzines que soñó, proyectó y lanzó para que duraran dos o tres números, llevándose aquellos cuentos a las bateas de tantas librerías de segunda mano en la compañía ilustre de

historietas de fantasía heroica con portadas llenas de mujeres con nalgas y pechos que hacían tan encomiable y a la vez inverosímil que los musculosos héroes encontraran otra cosa por la que pelear. Estábamos dejando atrás la refinería y entrando al centro cuando la conversación cambió y Lestrange pareció defenderse, alarmado o tocado, sorprendido por la repentina caída de algún escudo y la consiguiente exhibición de esa piel frágil que yo no supe reconocer. Dijo entonces que se había mudado a Las Piedras porque quería *irse*, esa fue su palabra, *irse*, porque quería desaparecer, ser nadie, meterse debajo de una piedra y cavar una madriguera mínima, y que "andar por ahí con pendejos" era una manera de no ser él mismo, de no querer ser él mismo o eso que había querido ser y no logró alcanzar, o que sí alcanzó (porque sí lo alcancé, repitió) pero en privado, y que apenas volvía a pensarlo, apenas le caía la ficha de repensar el exilio y sus estrategias no dejaba de confirmarlo, de saberse en el lugar adecuado, porque prefería la periferia al centro, o la periferia de la periferia, las márgenes, concluyó, como si hubiese

hablado para buscar el término exacto, porque no necesitaba para nada estar allí, donde pasan las cosas, porque para él todo lo que podía sucederle a un escritor era sobre una página, suya o de otros, y que todo lo demás era como jugar, y que por jugar él bien se divertía en Las Piedras, y luego hizo una pausa y tomó aliento, como si decir todo aquello le hubiese vaciado la última gota de aire exprimida del último alvéolo en sus pulmones, y sonrió, y empezó a cambiar de tema, a retomar a Scarone y aquellos días en que le prestaba novelas de Robert E. Howard y Edgar Rice Burroughs además del momento exacto, recordó, un día de 1977 (Emilio tenía catorce años) en que le regaló una novela de Philip Dick, *Gestarescala*, y en lo mucho que hubiese deseado estar junto a Emilio cuando Dick visitó Montevideo en 1990 y le aceptó (a él, a Alaistair Lestrange, a un escritor invisible, irrisorio, él, Philip K. Dick, un verdadero gigante) tomar un café en un bar del centro y le regaló, contento, porque "Dick era un tipo sereno y feliz", un ejemplar de *The owl in the daylight* en el que se leía, en un horrible español que me pareció totalmente coherente con

Philip K. Dick, "Alastair, no dejes de buscarlo lo camino", y entonces pareció recordar algo, el hilo de una conversación pasada, quizá aquella conversación de boliche con Dick, y habló de Borges y de "Tlön Uqbar". Nadie recuerda Mlejnas, dijo de repente, eso es lo que más me gusta del cuento, que todos hablen de Tlön y de Uqbar, pero de Mlejnas nada: hay algo allí, ¿no le parece, Stahl? Primero dice que la literatura de Uqbar trata de las regiones imaginarias de Tlön y Mlejnas, y luego dedica todo el texto a Tlön. Algo discreto y mágico hay ahí, algo especial... Quizá el verdadero significado del cuento, aparte del Fin del Mundo o el retorno de los Grandes Antiguos…

No supe qué contestar. Quise hacerlo volver a aquel café con Philip Dick, pero era demasiado tarde. Habíamos llegado a mi edificio.

Me duché y saqué los libros de la mochila para guardarlos en la sección de ciencia ficción nacional, sabiendo que en realidad jamás los leería pero que no había sido en una mala

idea aquella de escribir algo sobre Lestrange. Entonces sentí que podía darle una oportunidad de verdad, que *debía* hacerlo. Tomé el manuscrito de su última colección de cuentos y me lo llevé a la cama. Estaba impreso en alta calidad y encuadernado con esmero, con una portada —imaginé que la había ilustrado uno de los metaleros que nos habían acompañado a la incursión fallida de Rex en la Boca— en la que un monstruo shoggothiano era atacado por varios hombres (de rigoroso taparrabo y grandes pectorales) en unas ruinas iluminadas por una galaxia espiral que cubría casi todo el cielo; había además un índice. Miré los títulos: "La maldición de Tchattuk", "Secretos de la tumba", "La doble visión", "La vacía eternidad", "El secreto de Uttunub". Busqué "Ape hell". No estaba allí. Pero Lestrange había dicho que era un cuento del libro. Miré de nuevo. Nada. Tenía sueño y estaba cansado, pero no podía escapárseme algo así. Supuse que el viejo había cometido un error al compilar el índice, así que pasé página por página en busca de aquel cuento. Tampoco así lo encontré. Dejé

el manuscrito sobre mi mesa de luz y cerré los ojos.

¿Había confundido el manuscrito? No, porque allí estaban los cuentos sobre tumbas, maldiciones y eternidades que había mencionado. Además, pensé, alguien como Lestrange debe ser preciso al máximo con sus creaciones…

No, tenía que ser otra cosa. Un viejo escritor de cuentos lovecraftianos, obsesionado con lo oculto, vestido de vampiro, risible, ridículo, capaz de ofrecer a la vez pliegues y dobleces…

La respuesta terminó por caer sobre mi cabeza.

Lestrange me había tomado el pelo.

Todo el tiempo en Las Piedras, el rito, los largos discursos, la pastilla que me dio Rex, todo aquello había sido parte de su plan. Ape hell, repetí en voz alta, y en aquel momento, a las ocho de la mañana de un sábado, con la luz de un día nublado invadiendo mi habitación, lo entendí todo. No había duda posible: todo había sido parte de su plan para castigarme por no incluirlo en mi libro; a través de mí Lestrange se había vengado de todos los críticos que lo

habían despreciado, de todos los colegas que le habían dado la espalda, de Emilio Scarone y, por último, de la omisión de su nombre en mi historia de la ciencia ficción uruguaya. Entonces reí, a carcajadas. Si todo había sido un chiste a mi costa, no podía más que reírme. Philip K. Dick, *The Owl in the Daylight*, las ucronías, el cuento sobre fallas de óptica y ventanas a otros universos, las mareas de oscuridad en La Boca, todo, todo cobró sentido. O al menos *un* sentido.

Me levanté, busqué el demo de los Glitter y lo puse en el reproductor. "Andromeda revisited" rebotó en cada rincón de mi apartamento, sonando al máximo volumen mientras yo me servía un whisky y disfrutaba de aquella certeza, de aquella maravillosa certeza de que el viejo de Las Piedras y sus amigos se habían burlado de un ingenuo escritor de Montevideo capaz de creerse a pies juntillas que tenía en sus manos el poder de sacarlo a la luz, de darle vida una vez más.

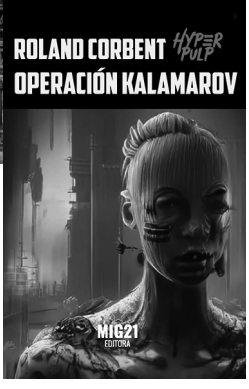
Después dudé, cuando los Glitter volvieron a escribirme, cuando Lestrange me llamó por teléfono para saber si había leído sus cuentos,

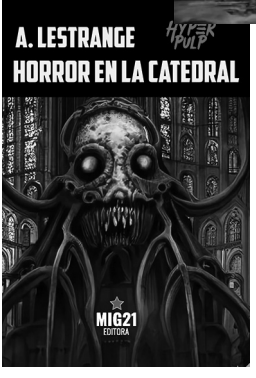
pero durante aquellos días disfruté de saber que el viejo había logrado consumar, a mis expensas, su venganza. Porque si había sido así las venganzas eran posibles. Porque si era así las miserias, las ciudades de basura y los viejos rencores tenían salida.

Y a la tercera o cuarta repasada de "Andromeda" descubrí, muy a mi pesar, que estaba empezando a gustarme. ⍟

Ramiro Sanchiz nació en Montevideo, en 1978. Narrador, ensayista, crìtico y traductor, ha publicado, entre otras, las novelas *La anomalía 17, Ahab, Un pianista de provincias, Trashpunk* y *Las imitaciones. Nadie recuerda Mlejnas* fue publicado originalmente en 2012, por la ya desaparecida editorial argentina Reina Negra.

PRÓXIMOS TÍTULOS





HYPER PULP

Todo género acelerado deviene vanguardia. Los textos de nuestra colección **Hyperpulp** hackean el lenguaje *pulp* más consabido, con su articulación de lugares comunes retóricos y temáticos y su énfasis en el vértigo narrativo, y lo rebootean libre de hauntología, ironía y distancia para proyectarlo aceleradamente hacia un más allá de escritura extraña: un terrorismo antiliterario *weird*.

HYPERPULP

01/El pornógrafo
(Hank T. Cohen a.k.a. Camilo Ortega)

⍟

02/Ñachi
(Ignacio Fritz)

⍟

03/Un hoyo en el cielo
(Pablo Dobrinin)

⍟

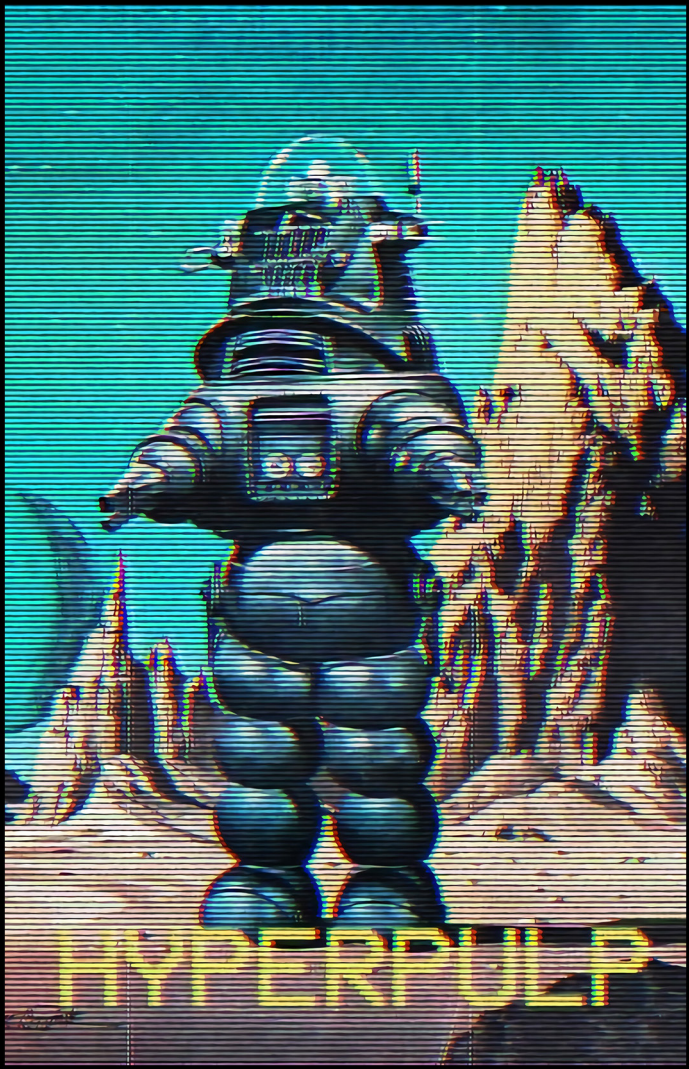
04/Rockabilly
(Mike Wilson)

⍟

05/Nadie recuerda Mlejnas
(Ramiro Sanchiz)

⍟

06/La gloria de Vladimir
(H. K. Siborski)


HYPERPULP